

**EXPLORATIONS  
AND ADVENTURES IN  
HONDURAS**

COMPRISING

SKETCHES OF TRAVEL IN THE GOLD  
REGIONS OF OLANCHO,

AND A REVIEW OF THE HISTORY AND  
GENERAL RESOURCES OF

**CENTRAL AMERICA**

WITH ORIGINAL MAPS, AND NUMEROUS  
ILLUSTRATIONS

BY **WILLIAM V. WELLS**

NEW YORK:

**HARPER & BROTHERS,**

**PUBLISHERS,**

FRANKLIN SQUARE.

1857

**EXPLORACIONES**

Y

**AVENTURAS**

EN

**HONDURAS**

CONTENIENDO

APUNTES DE VIAJE DE LAS REGIONES AURIFERAS

DE

OLANCHO

Y UNA REVISION DE LA HISTORIA Y DE LOS RECURSOS

DE

**AMERICA CENTRAL**

CON MAPAS ORIGINALES Y NUMEROSAS ILUSTRACIONES

POR

**WILLIAM V. WELLS**

NEW YORK:

**HARPER & BROTHERS, PUBLISHERS,**

1857

REVISTA CONSERVADORA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO abre aquí las páginas de este otro libro publicado en inglés hace poco más de un siglo. Su reproducción en castellano nos la autoriza su Editor, El Banco Central de Honduras, el que para la celebración de su Décimo Aniversario, lo exhumó hace algunos años, lo hizo traducir y lo imprimió elegantemente.

El ilustrado Editor de obra tan maestra se expresó así de William V. Wells: "Benévolo a veces, acertado y justo otras, y en ocasiones

duro y cruel hasta herir los sentimientos del centroamericano más indiferente, sin duda alguna el autor escribió esta obra creyendo hacer un servicio a su país y, sobre todo, influido por las corrientes ideológicas entonces predominantes.

Aunque no siempre exactas, el editor ha querido conservar las citas históricas tal como aparecen en el original; en pocos casos se han agregado algunas notas, más que todo para auxiliar a los que no conozcan la biografía patria".

# Prólogo

El viaje, del cual las páginas siguientes forman un diario complementado después con datos reunidos en Honduras, fue concebido en California en 1853 y basado en información, digna de confianza, que desde 1851 había sido puesta en mis manos, referente a las regiones auríferas de Centro América. Su principal objeto era llevar a cabo un reconocimiento en la parte de la República de Honduras conocida con el nombre de Olancho (1), que en 1850 había sido visitada por un ciudadano que reside ahora en Nueva York y según él, era "otra California" igualando al nuevo El Dorado en depósitos auríferos, y aventajándolo en posición y accesibilidad.

Las ventajas de este país por algún tiempo habían sido materia de discusión. De la limitada información que podía reunirse en San Francisco y de los papeles que tenía en mi poder, aparecía que en las cabeceras de los ríos que nacen en las montañas de Honduras y desembocan en el Mar Caribe — particularmente el Guayape o Patuca— había depósitos de oro (placeres) en todo iguales a los de California; que eran accesibles por un río navegable, la boca del cual estaba a la distancia de tres días de navegación de Nueva Orleans y de siete de Nueva York, que el clima de esta región, aunque en el trópico, era uniforme y salubre, que el Gobierno había manifestado su disposición favorable hacia las empresas extranjeras, y que, en adición a su riqueza mineral, el país abundaba en maderas preciosas y drogas y proveía espontáneamente de todos los productos tropicales.

En aquel tiempo se había descubierto oro por todo el mundo. En varios lugares insospechados, en Australia, Oregón, Perú y Sonora el minero audaz, estimulado por el ejemplo de California, había descubierto depósitos auríferos y en los primeros dos luga-

res con un éxito que rivalizaba con la misma California. La era del oro, que aparentemente se iniciaba en el mundo aumentando la cantidad producida de \$ 50,500,000.00 a la fantástica suma de \$ 200,000,000.00 anualmente y llegado de regiones hasta entonces desconocidas por los comerciantes y los geógrafos, condujo a la reflexión de que depósitos similares podrían existir en Honduras, que en los siglos pasados había sido conocida como país aurífero y ahora era campo de trabajos llevados a cabo por los indígenas con las toscas herramientas de su raza semi-civilizada.

En aquel entonces no podían adquirirse en California libros ni mapas relacionados con Honduras. Difícil me fue obtener el hábil trabajo del Sr. E. G. Squier sobre Nicaragua (2), tan admirado por su estilo narrativo y sus valiosos datos etnológicos, pero aquel autor no había visitado por segunda vez Centro América y, por consiguiente, la magnífica información que entonces dio al mundo sobre Honduras, no se había publicado. Las obras y los mapas de los ingleses y de otros escritores extranjeros sobre Centro América no habían llegado a la Costa del Pacífico y hasta sus nombres eran desconocidos. Pero, si todo esto hubiera sido asequible tampoco hubiera significado una ayuda como guía debido a la ignorancia de sus autores sobre la región que me proponía visitar, particularmente de la parte Oriental de Honduras y la extensa zona bañada por el Guayape. Este río, en algunos mapas hasta de 1855, aparecía como afluente del Río Aguán o Romano, descargando sus aguas en el Mar Caribe, cerca de Trujillo, cuando en realidad es el mismo Patuca, pero con nombre diferente en el interior (3). La topografía del país parecería haber sido puesta al acaso para llenar los feos vacíos en los mapas, en los cuales sólo las líneas costeras, y no siempre, estaban correctas, circunstancia debida a los minuciosos estudios del Almirantazgo. De hecho, como lo averigüé después, Honduras era una tierra incognita como el interior del Japón.

(2) Nicaragua: Su pueblo, monumentos, escenas y el proyectado canal, con numerosos mapas originales e ilustraciones, por E Geo Squier, 2 vol New York, 1852

(3) Squier, en la introducción de su obra principal sobre Honduras, trata extensamente de los errores geográficos y cartográficos que por el escaso y confuso conocimiento que entonces se tenía de Centro América se cometieron en la generalidad de las obras y mapas publicados hasta a mediados del siglo XIX: V Honduras Descripción histórica, geográfica y estadística de esta República de la América Central, por E G Squier, edición corregida y anotada por J M C (Juan María Cuéllar) Tegucigalpa, 1908 Esta edición que parece ser la tercera en español, porque D. Carlos Gutiérrez debe de haber publicado la segunda en Londres hacia 1873, está basada en la que se titula: Apuntamientos sobre Centro-América, particularmente sobre los Estados de Honduras y San Salvador Su geografía, población, riqueza, producciones, etc., y el propuesto Camino de hierro de Honduras Traducidos del inglés por un hondureño (D León Alvarado) París, Imp de Gustavo Gratiot, 1856 En 4º, XII, 384 pp.

(1) Con este mismo nombre se conoce aquella rica región desde su descubrimiento hacia 1524: Olancho escribieron Bernal Díaz del Castillo (Verdadera Historia, Cap CLXXXIII), el Cosmógrafo-Cronista Juan López de Velasco en su Descripción Universal de las Indias (p 313 de ed de D Justo Zaragoza, Juan Díez de la Calle (Memoria y Noticias Sacras y Reales de las Indias Occidentales, p 273 de la ed de Bibliófilos Mexicanos) y Antonio Vázquez de Espinosa (Compendio y descripción de las Indias Occidentales, pp 224 y 225, ed de The Smithsonian Institution), entre otros autores de los siglos XVI y XVII El primer Cronista del Nuevo Mundo, Fernández de Oviedo, escribió Vylancho o Vlancho (pp 198, 211 y 220 del tomo III de su Historia General y Natural de las Indias, ed de la Real Academia de la Historia); Ulancho dicen también el Adelantado D Francisco de Montejo en su relación fechada el 1º de Junio de 1539 (Colección de Documentos Inéditos de Torres de Mendoza, t XXIV, pp 260 y 261) y el Cronista Herrera en el Cap VI, Lib. VII, Década tercera En el testimonio de la fundación de la Villa de la Frontera de Cáceres, verificada el 2 de Junio de 1526, se expresa que fue establecida en la "provincia de Huylancho (Colección cit, t XIV, u 61) Cortés en su quinta carta de relación dice Hullacho (Gayangos, Cartas y Relaciones, p 475) El Dr Membreño explicando su etimología dice que Olancho es el "nombre de uno de los departamentos más ricos que tiene la República La interpretación de esta palabra nos ha hecho meditar mucho sobre de qué proviene la última sílaba; hasta que en la Historia de las Indias, por Gómara, leímos San Joige Blanco Claro está que la sílaba co se ha debilitado hasta quedar en cto La forma mejicana de la palabra Ollalco, que significa "en la tierra del hule" Se compone de ulli hule, goma elástica, tlalli, tierra, y co, en En las Cartas de Cortés dice Hullacho, y aun el mismo Gómara Huiclatlo". V Nombres Geográficos de la República de Honduras Tegucigalpa, Tipografía Nacional, 1901, p 73

El mapa que acompaño de la parte Oriental de Honduras es resultado de no poco trabajo y aunque no abarca una extensión mayor de territorio, corrige las absurdas equivocaciones sobre Olancho, que aparecen en los hechos anteriormente. Las distancias entre las ciudades principales y las haciendas y su ubicación, las determiné por observación personal y con la ayuda de diligente información que obtuve de los residentes más capaces. Según creo, no se ha hecho mapa alguno basado en un levantamiento real de esta apartada región, excepto uno burdo e incorrecto enviado en 1851 al señor Rugama, de Nacaome, por un nativo de Trujillo quien hizo un grosero trazo de Olancho con el propósito de localizar ciertas concesiones de tierras para realizar en ellas cortes de caoba. Las pocas ciudades del inferior que aparecen en la línea del proyectado Ferrocarril Interoceánico (1), se sitúan de acuerdo con el mapa del Sr. E. G. Squier. Si Olancho es objeto en lo futuro de extensos reconocimientos científicos se hallarán, creo, pocos errores en el presente mapa, como son los que no puede evitar un viajero sin experiencia.

Al salir de California no tenía más propósito que el de informar a varios amigos de San Francisco, que se habían interesado en mi empresa encaminada a conseguir del Gobierno de Honduras el derecho de explotar yacimientos de oro y de establecer estaciones comerciales para la exportación de pieles, maderas de construcción, maderas de tinte y otros objetos de valor, por el Río Guayape o Patuca, desde el departamento de Olancho (2). Mas, al considerar lo poco conocida que, entonces, era Honduras resolví, además de cumplir con los deberes que específicamente me había trazado, dedicar parte de cada día a llevar un registro de los acontecimientos que me sucedieran y que abarcara las peculiaridades de carácter y costumbres, y las ocurrencias generales de viaje en medio de un pueblo aislado y primitivo.

Con esta mira, durante un viaje de cerca de un año, que se extendió a más de mil millas, la mayor parte a lomo de mula y visitando en ese lapso treinta y ocho ciudades y aldeas, reuní todo cuanto me pareció a propósito para arrojar luz sobre la historia y recursos naturales del país. Monedas, retratos, muestras botánicas, mineralógicas y ornitológicas, folletos de toda clase publicados durante cincuenta años en las prensas locales, viejos libros, "gacetas", "diarios" y ma-

(1) Squier describe minuciosamente la vía del ferrocarril interoceánico de Honduras, pp 279 a 332 de su citada obra La Ley Agraria de Honduras emitida en 1924, en el Capítulo VIII que se refiere a las Zonas de influencia del ferrocarril nacional, señala el camino de la vía férrea. En igual sentido está concebida la última Ley de 1936

(2) La Asamblea Nacional Constituyente del Estado de Honduras decretó el 28 de Julio de 1825 la primera demarcación territorial del Estado, dividiéndolo en siete departamentos: Comayagua, Tegucigalpa, Gracias, Santa Bárbara, Olancho, Yoro y Choluteca; Bosquejo Histórico de Honduras por el Dr E Durón San Pedro Sula, Tip del Comercio, 1927, p 150

nuscritos, y una serie de dibujos ejecutados por el señor Lazo (3), de Tegucigalpa, que me acompañó a Olancho, me permitieron, al regreso, reunir hechos suficientes para merecer su incorporación en la forma de un libro impreso. Se me extraviaron algunos de mis retratos, mapas y vistas de paisajes más importantes, que no podrán ser reemplazados con exactitud.

La parte histórica y política, que comprende algunos hechos no publicados hasta hoy, se presenta simplemente como un breve bosquejo de esta interesante porción del continente desde su descubrimiento hasta la fecha, pero sin pretender la altura de una historia, en el sentido exacto de la palabra. Los historiadores españoles han sido consultados en el Capítulo XXIII, como también varios escritores modernos, en relación con el gobierno colonial de España. Como lo hizo observar un autor inglés: "Es tan poco lo que conocemos de la historia interna de Honduras a través de la era oscura del dominio hispano, que los escasos hechos que podemos recoger de la luz vacilante y sospechosa que los corsarios nos han proporcionado, sirven más bien como mojones de su existencia, que como detalles de los sucesos relacionados con su suerte".

El llamado misterio que envuelve al reino de Guatemala después del establecimiento del sistema colonial español y que se extiende ininterrumpidamente a través de los Siglos XVI, XVII, XVIII y hasta el XIX, ha sido parcialmente aclarado por el historiador de ese país, Juarros, de quien hago citas ocasionales. Este trabajo, originalmente publicado en Guatemala en 1811 en nueve volúmenes y posteriormente compendiado por su autor (4), es poco conocido en los Estados

(3) Muy poco se sabe de D José Sotero Lazo, compañero de Wells en su viaje por Olancho. Nació en Tegucigalpa entre 1820 y 1822, en la antigua casa de sus padres D Francisco Lazo y Doña Rafaela Fiallos, la misma de dos plantas que forma esquina frente a El Ahorro Hondureño. Hablaba inglés; debe de haber viajado a Inglaterra o a los Estados Unidos, y tal vez allí aprendió o se perfeccionó en el dibujo y la pintura. Wells dice en el Capítulo XIII de esta obra que Lazo lo acompañó a Olancho como dibujante, por su propia cuenta; que le había mostrado unos dibujos que encontró muy correctos. Fuera de los tres retratos y de algunos dibujos para la obra de Wells no se conocen sus trabajos. En una ensalada del Padre Reyes publicada por Rafael Heliodoro Valle en la Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales (t XIV, pp 366 a 366) se menciona un retrato hecho por el señor Lazo:

"buen retrato ha hecho Sotero  
que ha merecido gala;  
ya se marcha a Guatemala  
con sus tropas don Juan Lindo"

Sea por su dominio del inglés, sea porque lo habla muy mal, es lo cierto que la musa festiva del Padre Reyes lo embromó dedicándole el epíteto que dice

"Murió Mister Sotiro  
de mal de boca ¡oh caso lastimero!  
Si a su tumba llegares es forzoso  
que le hagas sacrificio de un suspiro;  
pero te advierto hermano  
que este muerto no sabe castellano:  
llora, pues, en inglés, si tal favor  
quieres hacer a un hijo de Nueva York"

Debido a dificultades para su reproducción, el Editor no pudo insertar, en esta versión, los interesantes dibujos de Lazo

(4) Hay tres ediciones guatemaltecas de esta obra, las únicas en castellano que conoce el autor de estas notas: la primera impresa por D Ignacio Beteta en 1809, el tomo primero, y el segundo en 1818; la publicada en dos tomos por el Museo Guatemalteco en 1857. D Víctor Miguel Díaz sacó a luz la tercera edición en 1936, también en dos tomos. El Dr Ramón A Salazar dice que 'en 1823, Mr John Baily hizo la

Unidos, en donde parece que ha sido confiado a las librerías de los estudiosos de asuntos hispánicos. Probablemente se sabe menos de la historia antigua de Guatemala que de la de cualquier otro país hispano-americano. La descripción de esa extraña y maravillosa invasión de una nación por Alvarado y un puñado de sus armados acompañantes, con el garbo de un Irving o de un Prescott (1), todavía está por realizarse. El campo, inmenso como es, y que se abre a través de las polvosas páginas de los cuentos de las hazañas caballerescas ha mucho olvidadas, es tal vez lo más prometedor que ha quedado al historiador moderno.

El fundamento de los sucesos que se detallan en los Capítulos XXIV y XXV lo hube del breve bosquejo histórico del Sr. R. G. Dunlop, "Travels in Central America" (2), en donde él presenta un resumen político que se extiende de 1821 a 1847. Los capítulos interesantes del Sr. E. G. Squier, al parecer obtenidos de esa misma fuente y Marure y Montúfar (3), presentan esos acontecimientos en una forma más sistemática y significativa. Los principales hechos históricos, sin embargo, los obtuve en Honduras de manuscritos y papeles oficiales, la mayor parte de los cuales están aún en mi poder, y de las narraciones verbales de personas que tomaron parte sobresaliente en las revoluciones. El bosquejo histórico "The Gospel in Central America" (4) ha sido también consultado. Este, como su autor el Sr. Crowe dice, se basa en los capítulos del Sr. Dunlop sobre aquella materia.

Se ha dedicado tal vez inmerecido espacio a los hechos en relación con la historia y muerte de Morazán. Estas páginas, no obstante, son apenas una pequeña parte de los manuscritos que puso en mis manos su yerno, Don Esteban Travieso (5), de Tegucigal-

La traducción de esta obra al inglés, siendo publicada en Londres en 1857"; Historia del Desarrollo intelectual de Guatemala. Guatemala, 1897, pp 151 y 152. La traducción inglesa se titula: A statistical and Commercial History of Kingdom of Guatemala in Spanish America-Containing important particulars relative to its productions, manufactures, customs, etc., with an account of its conquest by Spaniards, and a narrative of the principal events down to the present time: from original record in the archives; actual observation; and other authentic sources, translated by J. Bailly, London, 1824.

Como se ve, no hay edición de la obra de Juarros publicada en 1811; tampoco se publicó primitivamente en más de dos tomos, como dice Wells; si pudo haber sucedido que la edición príncipe se hiciera por entregas, a las que nuestro autor da el nombre de tomos.

(1) William Hickling Prescott. Erudito historiador norteamericano; escribió una notable Historia del Reinado de los Reyes Católicos. Con sus obras sobre las conquistas de México y del Perú comenzó a demostrar la verdad de la obra civilizadora de España en América, que apasionados escritores anglosaones habían negado hasta entonces.

(2) Viajes a Centro-América, Londres, 1847.

(3) D. D. Alejandro Marure, autor del Bosquejo Histórico de las Revoluciones de Centro-América (Dos tomos, Guatemala, 1877-78), y D. Manuel Montúfar y Coronado que escribió las Memorias para la Historia de la Revolución en Centro-América (Cuarta edición, Guatemala, 1934), obra más conocida con el nombre de Memorias de Jalapa.

(4) El Evangelio en Centro-América, por Frederick Crowe, Londres, 1850.

(5) Don Esteban Travieso fue hijo legítimo de Don Esteban Travieso Rivera y de Doña María Josefa Lastiri, casada en segundas nupcias con el Gral. Francisco Morazán; de manera que Don Esteban Travieso Lastiri era hijastro del Gral. Morazán.

pa, y es debido a la promesa que a éste hiciera en aquel tiempo, de publicar un sumario de su contenido, lo que me movió a preparar ese bosquejo.

El relato de aventuras, como ya lo expresé, es simplemente una transcripción de mi diario, que lo llevé sin un solo día de interrupción. Este, en las soledades que el viajero debe recorrer, sirvió más que como un empeño, como entretenimiento agradable. Unas pocas páginas han sido dedicadas a Nicaragua, país más familiar al lector, y trato de Olancho (el objetivo de mi expedición) tan pronto como es posible. Al hablar de esta parte de mi viaje, puedo solamente repetir lo que ya dije en los artículos que arreglé de mis notas y que recientemente publicara la revista Harper's. Imagínese la riqueza vegetal y mineral de Nueva Inglaterra y Virginia, intensificada diez veces; el mismo género de plantas y árboles en su colorido y aspecto; nuestros campos verdes del Norte en Junio y nuestros prados de Septiembre alternando con la misma verdura familiar, pero más firmes, más ricas, más variadas y esparcidas en todos sentidos. Es el Nuevo Mundo en lo mejor de lo mejor, en su climax de belleza y utilidad. Al aforismo de Lord Bacon, que saber es poder, a la inversa, que la ignorancia es debilidad, tipifica el desconocimiento de los norteamericanos en cuanto a la realidad del interior de la América tropical. Desde mi regreso, frecuentemente he contemplado los paisajes veraniegos en Massachusetts, particularmente entre Brighton y Cambridge, y me hicieron recordar a Olancho como una contraparte resplandeciente, pero excediendo éste al cuadro del Norte, en suavidad y en delizadeca de perfiles.

En relación con esto, uno vacila para describir escenas de tan rara belleza y siente la tentación de no dar a su cuadro pinceladas "couleur de rose", sino conservarlo en toda su prístina belleza, por miedo a que el lector sonría incrédulo, de lo que va más allá de la experiencia de la vida ordinaria. Así como las multitudes toman como un absurdo la expresión de algo que ellas nunca han sentido, así la descripción de lo que jamás han visto les parece ridículo y exagerado, especialmente cuando creen que todo ha sido calculado para debilitar sus prejuicios.

El contacto que la navegación ha establecido entre los Estados Unidos y la América Española y el creciente interés por esos países, que hasta hace poco habían estado, comparativamente, excluidos del mundo, señalan al trópico americano como destinado en no lejano tiempo a convertirse en un prominente campo de empresa. Hasta recientemente, las citas constantes reproducidas de diccionarios geográficos y enciclopedias han sido la fuente principal de información acerca de Honduras, un Estado que, con toda probabilidad, se convertirá en un camino real de naciones a través del continente y en fuente

de una gran riqueza mineral. Todavía el país está entronizado en el silencio y el aislamiento que, al parecer, solo serán rotos por

el avance de la civilización y la industria extranjeras.

Nueva York, 5 de Noviembre de 1856.

# 1

**Objetivos del viaje a Olancho.—Salida de California.—San Juan del Sur.—Pasajeros de Nueva York.—El camino a la Bahía de la Virgen.—Panorama.—Clima.—Ometepe.—Tempestad en el Lago de Nicaragua.—Nuevas amistades.—La guerra.—Salida para Rivas.—Lago de Nicaragua.—Río Lajas.—Cruce por arenas movedizas.—Noche en el bosque.—Una tormenta tropical.—Rivas.—Paseo a la luz de la luna.—“Quién vive?”.**

A principios de 1854 salí de San Francisco, California, para visitar Centro América con el propósito de obtener ciertas concesiones mineras y comerciales del Gobierno de Honduras. La empresa, que surgió de un comerciante de Nueva York, había pasado de mano en mano, hasta que los papeles y documentos relacionados con la misma fueron a parar a California, en donde la amplia liberalidad y ansioso espíritu de aventura en aquél tiempo, parecía ofrecer un terreno más adecuado para llevarla a cabo.

Se consideraba la oportunidad como peculiarmente favorable a una feliz negociación con el pueblo de Centro América, y especialmente con el de Honduras, cuyo Gobierno había enviado a uno de sus ciudadanos más prominentes a los Estados Unidos (1) con el objeto de abrir las puertas del país a la inmigración norteamericana, medida que se juzgó propicia para el desarrollo de sus intereses sociales y comerciales.

(1) Don José Francisco Barrundia, precursor y prócer de nuestra independencia. Nacido en la ciudad de Guatemala en 1784 del matrimonio de D. Martín Barrundia con Doña Mercedes Cepeda y Coronado. “Había sido uno de los conjurados de Belén sentenciado a la pena de garrote, que no sufrió, como ningún otro, por haber podido escaparse; pero tuvo que vivir escondido cinco años. En su encierro nutrió su espíritu con la lectura de los libros de los revolucionarios, y se preparó de ese modo para mejores días. Aprendió en su encierro inglés y francés, cosa rara y de gran mérito en aquella época, y estudiando en el primer idioma la Constitución americana y sus leyes, se aficionó de tal modo a ellas, que eso nos valió más tarde el federalismo y la traducción hecha por él del “Código de Livingston” que se adoptó como ley sustantiva de la República.” V. Los hombres de la independencia por Máximo Soto Hall en la Revista de Costa Rica en el siglo XIX, San José, MCML, p. 231; y la Historia de veintidós años. La independencia de Guatemala por el Dr. Ramón A. Salazar. Guatemala, Tipografía Nacional, 1928, p. 206.

Barrundia presidió la convención unionista reunida en Tegucigalpa el año de 1852, cuando gobernaba en Honduras el General José Trinidad Cabañas, quien lo envió como Ministro Plenipotenciario a los Estados Unidos desempeñando este cargo falleció en New York el 4 de Agosto de 1854.

Perdone el lector la digresión para consagrar un recuerdo estremecido a la memoria de un hondureño ilustre de la brillante generación y de la sangre de Marco Aurelio Soto y Ramón Rosa. Justamente en la propia fecha en que murió el prócer Barrundia nació en Tegucigalpa el Dr. Carlos Alberto Uclés, jurista, diplomático, parlamentario. Rector y Profesor de la Universidad Central, literato, conversador ameno y erudito cuyo ingenio y ocurrencias felices todavía se recuerdan; pero por sobre todo el Dr. Uclés fue buen patriota, leal y desinteresado servidor de Honduras, que con su claro saber, su rectitud y su consejo ilustró los altos cargos que desempeñó desde su juventud. La Universidad de Honduras no debería haberse olvidado de quienes le dieron calor y vida, y la autoridad la prestancia que no ha logrado alcanzar en tiempo más cercanos.

Tuve la fortuna de obtener cartas de presentación de varios centroamericanos para algunos de los hombres más sobresalientes de Honduras y, asimismo, del Hon. S. Foote, del Hon. Ogden Hoffman Jr., del Gobernador Bigler de California, y de varios otros altos funcionarios estatales y nacionales, lo que me permitió prever un viaje placentero y confiado.

Con esas cartas y una deficiente información que pude obtener de los pocos libros relativos a Centro América en aquel entonces asequibles en California, me embarqué en el vapor “Cortez”, y diciendo adiós a un pequeño grupo de amigos en el muelle, cuya expresión de deseos sinceros por mi éxito todavía guardo fresca en mi memoria, salimos del puerto y luego surcábamos por las aguas azules del Pacífico. Con vistazos ocasionales hacia la costa, ora deslizándonos a la vera de los borrosos perfiles de las montañas del interior, ya bordeando los promontorios de México y Guatemala, entramos al décimo tercer día de navegación en el pequeño puerto de San Juan del Sur, siendo una tormenta borrascosa nuestra primera experiencia de las peculiaridades del clima centroamericano, significativo preludio de lo que podía esperar en lo futuro.

Gracias a las atenciones del gentil capitán, fué placentera nuestra navegación de dos semanas. Desde nuestro puesto en el alcázar podíamos observar el aspecto general del puerto y en lontananza el paisaje tropical de eterna esmeralda. La apariencia exótica del panorama se echaba a perder por la arquitectura de sus principales edificios, por los juramentos tan poco hispanos y por la actividad que acompañaba al bullicio del desembarque.

Un enjambre de broncíneos nativos en bongos, confundían su inglés quebrado con los tonos ásperos y comerciales del barquero

newyorkino en la ruidosa discusión de tarifas. Esperamos que el bullicio se calmara y entonces con el Capitán nos sentamos tranquilamente en la lancha del vapor y nos dirigimos hacia la playa, a lo largo de la cual brillaba una blanca cresta de espumas diluyéndose en un suave murmullo, especialmente calmante después del monótono trepidar de las máquinas y de la infinita variedad de ruidos que siempre acompaña a las naves.

La época de las lluvias se hallaba en su apogeo y en cuatro horas tuvimos otras tantas borrascas, acompañadas de truenos y de relámpagos. En estas circunstancias, aunque estaba preparado para anotar cada novedad en el panorama y el carácter de las gentes, me despreocupé de tomar notas acuciosas de este lugar que todo viajero californiano ha cruzado y cuyos sucesos novelescos han sido por años el tema del comentario periodístico.

Salimos a tierra en hombros de morenos, y nuestro primer saludo al arribar a costas de Centro América, fue el de un soldado negro, sin camisa y en pernetas, cuya sucia apariencia sólo podía compararse en su risible aspecto, con el oxidado fusil inglés con que se pavoneaba a lo largo de la línea de la marejada. Mi primer cuidado fue buscar alojamiento, y pareciéndome el "Hotel Pacífico" el más prometedor, nos encaminamos hacia allá con nuestro equipaje, cargado en las espaldas de tres o cuatro naturales del país, que nos cobraron un real cada uno por sus servicios.

Como a las diez de la mañana los pasajeros, cuyo número oscilaba alrededor de unos seiscientos, habían montado y estaban en marcha por el camino de la Compañía hacia la Bahía de la Virgen, y desde el balcón de nuestro hotel dijimos adiós a los varios amigos que habíamos hecho a bordo, hasta que desapareció el último; entonces hicimos subir nuestros baúles y pronto nos hallábamos debidamente instalados en nuestro cuarto. El hábito adquirido en años pasados, entre suramericanos, me había familiarizado con el uso de la hamaca, de tal manera que no me fue extraño echarme en una de esas cómodas y mecedoras redes y con ayuda de un excelente cigarro (resio de los que traje de San Francisco), me puse a soñar una hora, acariciado por el calmante susurro de las olas y pensando lánguidamente en los deberes de la expedición.

Nuestro hospedero Mr. Priest (1) pronto hizo migas con nosotros y al saber nuestro destino, nos aconsejó que por ningún

punto intentáramos ir por tierra a la parte norte del país; mientras el lago, infestado de guardacostas partidarios de Chamorro, era una peligrosa vía para los extranjeros, en especial para los norteamericanos, muchos de los cuales, habiéndose enrolado en el partido liberal o de Castellón, eran desde entonces objeto primordial de las venganzas del enemigo; y aún se aseguraba que Chamorro había dado órdenes a sus subordinados para no dar cuartel a los americanos en servicio de la causa opositora o fuera de ella. El país, desde San Juan del Sur hasta Masaya, estaba en manos del partido de Castellón, pero más allá de ese punto, nos encontraríamos en las vecindades de Granada, la plaza fuerte de Chamorro. Mr. Priest nos aconsejó que aguardásemos la llegada una goleta costera que se esperaba cualquier día de Puntarenas, con destino a El Realejo.

Mientras conversábamos con nuestro loquaz hospedero, se nos unieron dos señores, evidentemente extranjeros, quienes, como supimos después, eran hijos de Don Carlos Dárdano, (1) de Amapala, isla del Tigre, para quien yo llevaba una carta de presentación. Estos jóvenes se habían demorado en San Juan y la Bahía de la Virgen, en compañía de Mr. Henry Matsell, nombrado recientemente Cónsul de los Estados Unidos en La Unión, El Salvador, esperando varias semanas la llegada de una goleta. Mr. Matsell se mostraba renuente a aventurarse con su familia através del país o por el lago, y llevado de la desesperación, negociaba la reparación de un barco arruinado y embrocado en la playa, para trasladarse a El Realejo en donde, estaba seguro, encontraría hospitalaria acogida y regulares comodidades.

Una dama que en este momento se unió a nuestro grupo en compañía de una niña de ojos negros, parecía aburrida de sus pocas semanas de vida en Nicaragua. Se quejaba de languidez y debilidad, efectos seguros que se marcan en los visitantes femeninos, al quedar bajo la influencia enervante del clima tropical.

Después de una larga consulta, en la cual los Dárdano nos invitaban a quedarnos

(1) D Carlos Dárdano Dota, probablemente de origen saído, contrajo matrimonio con Josefa Lozano, hija legítima de D Calixto Lozano y de Doña Josefa Lardizábal, boda que se verificó en Tegucigalpa el 2 de Enero de 1834, siendo una de las madrinas Doña María Josefa Lastiri, esposa del General Morazán; en la partida de casamiento no se indican ni la patria ni los padres del contrayente (V el Libro de Matrimonios de la Parroquia de San Miguel de Tegucigalpa, años 1831 a 1857, fol 19 f)

Dárdano tuvo la debilidad de aceptar el nombramiento de Superintendente de la isla del Tigre y demás adyacentes de la bahía de Conchagua cuando la ocupación inglesa de 1849. El General Santos Guardiola, en carta fechada en Nacome el 3 de Noviembre de 1849, decía el Sr Dárdano: "hace más de 20 años que Ud vive en Centro América, está casado con una hija del país, ha hecho en él su fortuna y por sus leyes Ud es centroamericano y goza de los mismos derechos y franquicias que los naturales: Ud, pues, al adherirse y prestar sus servicios a una potencia enemiga e invasora, a una nación que actualmente nos insulta y nos oprime, y a quien no puede Ud servir sino es agravando al país que tan generosamente le dió acogida y lo adoptó por hijo, ejecuta Ud. un acto de ingratitud, de felonía y de traición, que como he dicho lo creo injustificable". (V la Monografía Geográfica e Histórica de la Isla del Tigre y Puerto de Amapala, por Pedro Rivas. Tegucigalpa, Talleres Tipográficos Nacionales, 1934, pp 137 a 141)

(1) John Priest, Cónsul de los Estados Unidos en San Juan del Sur, donde erá dueño de una fonda y una taberna, de quien Walker no se expresa favorablemente: La Guerra de Nicaragua escrita por el General William Walker, versión castellana de Ricardo Fernández Guardia San José de Costa Rica, Imprenta María y de Línes, 1924, pp 83 y 84

con ellos, decidimos marchar por tierra, y mientras nuestro grupo rechazaba la dudosa oportunidad del bote destartado de la playa, tuvimos éxito en asegurar los servicios de varias mulas, a cuyos propietarios hallamos jugando al **monte** en la Calle de Pineda, y convinimos con ellos en que nos transportarían con nuestros equipajes a Rivas, a razón de cuatro dólares por mula utilizada, debiendo salir temprano a la mañana siguiente.

Había habido una ininterrumpida sucesión de chubascos durante los dos días de nuestra permanencia allí; el termómetro a medio día marcaba 90° F. a la sombra, y a las borrascas sucedían rayos de una luz solar fiera, que caían sobre el follaje húmedo de la ciudad. Temprano, a la mañana siguiente, y confortados con un buen desayuno, comenzamos, con ansiedad de verdaderos novatos en la ciencia de la lenidad centroamericana, a buscar nuestros **arrieros**. Dixon (un americano empleado en las oficinas de la Compañía, de quien era yo deudor de muchas indicaciones útiles) riéndose, nos aconsejó que aprendiéramos y adoptáramos, tan rápidamente como nos fuera posible, el adagio universal español: **poco a poco**,\* porque pronto descubriríamos la falacia de querer apresurar a un natural del país.

A las diez de la mañana, una nube de polvo y una serie de alaridos y gritos indescritibles, anunciaron la llegada de los pasajeros de Nueva York, quienes, en número de varios cientos, prestamente tomaron posesión de la pequeña ciudad. En medio del alboroto, justamente cuando habíamos reconocido a varios viejos californianos, llegaron nuestras mulas y sin acordarnos de llamarle la atención al arriero para que en lo futuro fuera más puntual, enfilamos hacia la Bahía de la Virgen, cayéndonos un aguacero al solo andar una milla. Sabíamos que teníamos que acostumbrarnos a esto en los próximos ocho meses; y así, envolviéndonos en nuestros ponchos, seguimos adelante, pensando con ansiosa esperanza en nuestra llegada a Rivas.

Fue con orgullo de norteamericanos que vimos la carretera macadamizada que en una distancia de treinta millas cruza una tupida selva, contrastando el aspecto selvático del país con la evidencia de la civilización y el resultado de una industria activa desplegada en los puentes y excavaciones a lo largo de la ruta. Este trabajo era uno de los muchos ejemplos fuera de los límites de los Estados Unidos, donde el genio y el espíritu de empresa de nuestros compatriotas están venciendo los terrores de los climas tropicales y abriendo para el mundo los vas-

tos campos del istmo centroamericano que aún están sin desarrollo.

A nosotros, que por años contemplamos en San Francisco la llegada quincenal de cientos de pasajeros que habían cruzado con toda seguridad estas regiones, nos pareció que no había nada "extraño" en la escena. Pero la profusa vegetación limitando la vista por todas partes; el vuelo de las políctomas guacamayas y de los bulliciosos loros pasando encima de nosotros a intervalos, la quietud impresionante de la selva unida al indefinido e interesante país por el cual nuestro viaje tenía que realizarse hasta alcanzar la meta distante, producía un agradable alborozo en el espíritu, una alegre sensación de libertad con un anticipado anhelo de aventuras salvajes, solamente conocidas por aquellos que, por necesidad o por propia voluntad, dejan atrás las restricciones y convencionalismos de la sociedad.

La mayoría de los lectores americanos han sido acostumbrados desde su niñez a asociar ideas románticas y a menudo extravagantes con aquellos misteriosos países cuyas tribus bronceas, sus pájaros de brillante plumaje, sus animales extraños y productos preciosos, fueron dados a conocer por las exploraciones de los aventureros españoles del siglo XVI. Los medios escasos de información, a menudo limitados a las crónicas exageradas de los primeros conquistadores, o a los relatos fabulosos de los sacerdotes que los acompañaban; el insignificante comercio hasta ahora existente entre los países de Centro América y las naciones marítimas del mundo; la dificultad de las comunicaciones hasta que los lavaderos de oro de California despertaron aquellas soledades plácidas a la vida, como un medio de tránsito al Pacífico; su posición alejada, aparentemente fuera de las grandes rutas del comercio mundial; éstas y otras causas, evidentemente, hasta hace pocos años, no sólo han evitado que estos países sean mejor conocidos, sino que parecieran ofrecer pocos o ningún aliciente al comerciante y al viajero.

El barco cargado de caoba procedente de las pestilentes zonas de la Costa Firme, su tripulación frecuentemente azotada por la epidemia y portadora de noticias espantosas sobre el horrible clima que había dejado, era suficiente para influenciar la mente del más osado aventurero, mientras que la suerte de los pocos intentos de poblar con colonos europeos, parecía señalar la costa como un Gólgota para todos los aventureros extranjeros que se atrevieran a vivir ahí aún temporalmente. Del interior, poco o nada se sabía excepto que era de un "clima tropical", lo suficiente para hacer al traficante reflexionar larga y seriamente antes de visitar sus playas, y al marino desistir estremecido de su viaje proyectado. El avance de la civiliza-

\* N del E.—El Sr Wells tradujo "literalmente" esta frase como "take it easy"

ción, rápidamente está colocando a Centro América en posición prominente ante el mundo. Las ideas anticuadas y fabulosas en relación con su gente y clima están cediendo ante la investigación de la vigorosa raza anglo-sajona. Los cuentos de sus miasmas venenosos, de su atractivo exterior escondiendo bestias de presa y reptiles ponzoñosos; de sus selvas obscuras, lugar de nacimiento de la malaria, y de su follaje lujurioso exhalando vapores de enfermedad y muerte; todo esto ha pasado a la categoría de sueños vanos y nunca más detiene la marcha del aventurero. Los recursos naturales del país, que igualan en variedad y exceden en calidad a los de la codiciada Cuba, añadidos a su proximidad a los Estados Unidos, no pueden menos que traer una intimidad más estrecha con el espíritu de empresa comercial que caracteriza a la época presente.

Nuestro arriero era un jamaiqueño cuya ocupación consistía en conseguir mulas para la Compañía del Tránsito, a un precio estipulado por cabeza. Se decía que era dueño de más de cien animales, que empleaba a gran número de nativos, y me fue asegurado por un negro que caminaba al lado de mi mula, que no era pequeño el honor de ser atendido en persona por el patrón.

Por ahí, a la mitad del camino llegamos a un lugar elevado desde el cual, a través del bosque abierto hacia el Oriente, dimos un vistazo al Volcán Ometepe, (1) situado en la isla de ese mismo nombre, al Este de la Bahía de la Virgen. Al mediodía la atmósfera perfectamente clara, los rayos del sol caían produciendo el extraordinario color añil descrito en varias obras sobre Centro América como característico de las montañas distantes del país. Esto era la primera vista que tenía de la gran cadena de volcanes que se extiende de parte a parte de Nicaragua, y no fue sino hasta entonces que empecé a darme cuenta de que estaba en medio del paisaje y del verdor florido de los trópicos, en una tierra cuya historia, prolongada hacia atrás al descubrimiento del continente, era abundante en interés y en romance.

Poco después del mediodía llegamos a la pequeña población denominada Bahía de la Virgen, y a medio galope por su única, ancha, y bien cuidada calle, defuimos nuestras cabalgaduras en la casa del Juez Cus-

hing, en este tiempo Agente interino de la Compañía de Tránsito. Fuimos invitados gentilmente a desmontarnos, y cuando al entrar en el fresco e imponente salón del agente, fui presentado a un viejo y valioso amigo (últimamente Encargado de Negocios en Ecuador), me sentí bien pagado del abrasador viaje desde San Juan del Sur. Desde la veniana, abierta hacia el lago, obtenía yo una bella vista de esta notable extensión de agua. Una brisa suave y fresca llegaba al cuarto, desde allá. Lejos, por el Sureste, el chubasco diurno o borrasca vespertina de la estación lluviosa se estaba formando, y sombras espesas lanzadas por las encastilladas nubes deslizándose gradualmente hacia arriba hasta que todo el horizonte del Sur quedó en plena obscuridad y los picos elevados del Ometepe y del Madera se envolvieron en nubes impenetrables. Los vivos relámpagos y los truenos retumbantes anunciaron pronto la inminente tormenta, y un minuto después se cerró del todo por una cortina de agua que, al pasar por la ciudad, se evaporaba de los calientes tejados, con un efecto curioso.

El Juez Cushing nos aseguró que ésta no era ni remotamente igual a las tormentas propias de la estación. Fue, no obstante, de coria duración, y habiendo aclarado el cielo ahí por las dos de la tarde, nos preparamos para continuar nuestro viaje hacia Rivas, distante como diez millas.

Mientras me hallaba en San Juan, Mr. Pardee, Cónsul de los Estados Unidos en aquel lugar, al saber de mi intención de hacer escala en León, me entregó cartas oficiales para Castellón, puesto que no había entonces medios seguros de comunicación con la parte Norte del país. Como ambos partidos pretendían ser los gobernantes legítimos del Estado, el Cónsul no había decidido a cuál reconocer, pero finalmente juzgó seguro admitir los derechos de aquellos que actualmente dominaban la región. Consecuentemente sus cartas fueron dirigidas al Director Provisional, reconociendo su autoridad y rogándole el exequátur. El Juez Cushing, asimismo, se inclinó por admitir la causa de Castellón, pero como ambos exigían los dineros adeudados por la Compañía del Tránsito al Estado, él, con verdadera diplomacia, rehuyó pagar a ninguno hasta que la marea de los acontecimientos se calmara en favor de un partido o del otro.

Dejamos la Bahía de la Virgen, marcando el mercurio 90° a la sombra, un nuevo conocido, el Dr. Davis, que decía ser el Cirujano del ejército democrático nos advirtió seriamente que no partiéramos. No habiendo adquirido nosotros todavía el estilo de poco a poco del país, no escuchamos la advertencia y proseguimos; a la media hora se nos unió el Doctor, fuerte y jovial, que, prefiriendo compañía en su ruta, vino a medio

(1) Según Lévy el Ometepe mide 5,350 pies de altura; agrega que nunca se había hecho la ascensión científica del Madera y del Ometepe antes de su exploración personal en 1869. Entonces pudo describir que "en el vértice del cono de Ometepe hay dos puntas de la misma altura, y entre ellas un pequeño cráter lleno de agua lluvia, cristalina y helada. La vista se extiende sobre la mitad de la República, y se tiene el istmo de Rivas a sus pies. En falda oriental hay otro cráter vasto, pero poco profundo y enteramente oculto por la vegetación"; Notas geográficas y económicas sobre la República de Nicaragua por Pablo Lévy. París, Librería Española de E. Denné Sohmitz, 1873, pp 83 y 143. Sonnesten hace subir la elevación del Ometepe a 5,700 pies: Geografía de Nicaragua para uso de las escuelas primarias de la República. Reimpresa en Granada, Imprenta del "Centro-Americano", 1875, p 54.

galope en un caballo flaco, al que regocijamente le daba el remoquete de "Chingo".

El Doctor era natural de Ohio y vivía en Nicaragua desde hacía tres años, donde había acometido varias aventuras, ora trabajando en una mina de plata, ora residiendo como médico en Granada y Masaya, ora combatiendo en las revoluciones del país, ora actuando como piloto a bordo de vapores en el lago. Atribuía su presente exaltación a la influencia de un oficial a quien él había suavizado durante una pelea hacía unas pocas semanas. El Doctor estaba fuertemente comprometido al lado de Castellón, había tomado parte activa en las batallas de mayo anterior y se dirigía ahora a Jalteva, en los alrededores de Granada, donde Chamorro estaba sitiado por cerca de mil doscientos "leoneses" al mando del General Jerez. Había estado en la Bahía de la Virgen portando despachos y consiguiendo medicinas, y regresaba ahora a tomar parte en el sitio. Nos aseguró que en Rivas tenía media docena de compañeros norteamericanos, que nos acompañarían a Granada.

Aunque satisfecho con la compañía de mi nuevo conocido, no me hallaba seguro de la conveniencia de viajar con su persona, ya que me anticiparon que podríamos caer prisioneros en el camino y ser trasportados a Granada, en donde el hecho de ir con él aseguraría mi confinamiento por tiempo indefinido. Sin embargo el viaje debía de hacerse y, resolviendo confiar en la suerte, seguimos nuestro destino.

El camino de la Bahía de la Virgen a Rivas va por las orillas del lago cerca de cuatro millas, y el resto por campos bien cultivados, en grandes y pequeños secciones, con cacao y otras plantaciones. A nuestra izquierda se extendía un impenetrable bosque de ceibas, guanacastes y otros árboles cuyo obscuro follaje parecía tan desconocido y abandonado como cuando los viejos conquistadores españoles pisaron por primera vez este suelo prolífico. A nuestra derecha, el gran lago, impresionando nuestros sentidos con su inmensidad, y en donde, contra un cielo de ensoñación, una goleta acortaba su ruta hacia Granada. Esta fue la única señal de actividad comercial. Las tormentas recientes habían puesto las aguas revueltas, y el fuerte oleaje se rompía en la playa, mojando frecuentemente las patas de nuestras mulas y, a veces, se estrellaba atrevidamente contra un promontorio, para bordear el cual nos veíamos obligados a entrar en el lago, apresurar nuestros animales y hundirse hasta la altura de las cinchas. Allá lejos y asomado en los cielos claros, el volcán Zapatera levantaba su testa, mientras a la derecha y aparentemente surgiendo del agua estaban el Ometepe y el Madera, la isla en la cual se hallan situados desaparecía

en el horizonte. Estos volcanes son mojones en todo el país.

Hay varias leyendas sobre el volcán Ometepe, que se estima de seis mil pies de altura aunque no tenga noticias de que se haya medido su elevación alguna vez. Hay en la isla varias familias de indios, que se ganan la vida fácilmente cultivando legumbres, que venden en la Bahía de la Virgen, a donde van en bongos todos los días. Me informó Mr. Geer, caballero residente desde hace varios años en la Bahía de la Virgen y San Juan del Sur, que nadie, según se sabe, ha ascendido hasta su cúspide. El, en compañía de dos intrépidos amigos, intentó el ascenso hace tres años y habiendo salido de la base a las cinco de la mañana, llegó hasta pocos centenares de pies de la cima, diez horas después. Aquí encontraron una elevada pendiente cubierta de cenizas, que les fue imposible subir, hasta que, exhaustos por los esfuerzos y deslizándose a cada momento, decidieron regresar, emprendiendo el descenso la misma tarde. Un indio viejo sostiene haber alcanzado la cima hace muchos años y dice que existe un lago, que él describe como un extinto cráter. Mr. Geer trató de confirmar esta creencia, a la cual los viejos nativos se adhieren fuertemente, y se inclina a aceptarla porque al observar hacia arriba, contra el lado perpendicular de una roca, se ven sombras peculiares como las producidas por la reflexión de la luz solar sobre las olas contra un muro. Hay también una considerable corriente que sale del lado de la montaña, unos pocos centenares de pies sobre el nivel del lago, lo cual apenas podía tomarse de otra manera que no fuera la de haber un lago en la parte superior. Las constantes nubes alrededor de la cúspide parecieran indicar tal cuerpo de agua. Una investigación futura, sin embargo, resolverá sin duda alguna el problema.

Las playas del Lago de Nicaragua difieren poco de las del océano y una persona extraña al lugar, en presencia de las marejadas que se levantan impulsadas por el fuerte viento, podría suponer fácilmente que se encuentra en las playas del mar.

Cuando me detuve en un promontorio o cabo saliente del lago y noté la espléndida extensión de agua ante mí —un horizonte de olas, navegable por grandes vapores en casi todas sus partes, rodeada por tierras rebosantes de una vegetación espontánea y justamente denominada "el jardín del mundo"— no pude reprimir un sentimiento de honda pena de que un lugar al que la Naturaleza pareciera haber otorgado sus regalos más preciosos, fuera teatro de sangrientas revoluciones e infructuosas guerras; donde la agricultura y el comercio sólo existen de nombre, y su historia sea un baldón para los dueños de este suelo. Seguramente que un

país tan felizmente ubicado, que descansa a medio camino entre los cinco continentes, debiera desde hace tiempo ser campo de industrias, ya bajo la guía de sus propios hijos, ya en la de manos extrañas.

A lo largo de nuestra ruta encontramos bandadas de aves acuáticas, algunas de la especie de las garzotas. Pasábamos a pocas yardas de ellas antes que levantaran el vuelo con estridentes gritos y se posaran ahí no más a corta distancia. Evidentemente era que nunca se les molestaba o mataba. Una variedad de excelentes peces pueden ser extraídos del lago; no obstante, durante nuestra permanencia en sus vecindades jamás nos fueron ofrecidos en venta. Resultaba claro que los moradores son tan indolentes hasta para aprovecharse de este manjar. Grandes tiburones se han capturado en el lago, y hace pocos meses una mujer de la Bahía de la Virgen, que se hallaba lavando ropa en sus orillas, fue atrapada y devorada por un cocodrilo.

Un alto farallón rocoso nos impidió continuar por la playa; tuvimos que seguir por un angosto pasillo hacia la izquierda que conducía directamente a los bosques y, después de hundirnos en un lodazal negro donde las mulas se iban hasta las rodillas a cada paso, salimos de nuevo al lago, en la boca de un río de cerca de cincuenta yardas de ancho, conocido como Río Lajas. Este río, sin agua durante la estación seca, era ahora de una profundidad formidable, y nuestros hombres nos informaron que era retiro de cocodrilos, que aquí se refugiaban entre las cañas y los arbustos para defenderse de los fuertes vientos.

Un canoa, hecha de un tronco de ceiba ahuecado, permanecía atada en un banco de arena. Dos barqueros, medio desnudos, estaban cocinando carne en un fuego hecho cerca de una choza de ramas y juncos, que les servía de morada. Nazario comenzó a desensillar nuestras mulas y a poner los arreos dentro de la canoa, mientras Chico, el sirviente del Doctor, hombrecillo vivaz, de Costa Rica, atendía el equipaje de su amo. Mientras nos preparábamos para embarcarnos, nos llamaron la atención tres o cuatro grandes objetos negros a pocos cientos de yardas arriba del río que, según nos dijeron nuestros hombres, eran cocodrilos. Nada grato era el desmañado y balanceante barco en que íbamos a maternos; sopesé las oportunidades de un baño en las aguas lentas y la posibilidad de conceder una o ambas de mis piernas a los monstruos que, evidentemente, estaban atentos a nuestros movimientos.

Las mulas, después de recibir algunos varazos y regaños, se tiraron a la corriente, y hundiéndose hasta las narices se apresta-

ron con decisión a atravesarla. Nazario les gritaba fuertemente, y contestando a mis preguntas dijo que no había que temer a los cocodrilos mientras hubiera ruido en las orillas. Seguimos a las mulas, y, ensillándolas, pagamos a los boteros un dólar a cada uno y continuamos nuestro viaje, no sin antes matar un armadillo que salió precisamente cuando nos montábamos. Estos animales, según supe después, abundan, aunque en esta ocasión tenía yo deseos de conservar su carapacho.

La noche había entrado, y media hora después encontramos otro río, en el cual el Doctor, sin temor alguno, apretó el paso de su caballo haciendo ver que en otras ocasiones había cruzado la corriente cuando la marea estaba más alta; pero él no calculó la dirección de los vientos de la semana anterior, y cuando ya estaba como a una yarda de la ribera opuesta, de repente desapareció en un lecho de arenas movedizas. Fue con mucha dificultad que pudimos evitar que tanto él como su caballo se ahogaran. Después de secar sus ropas y echarse un trago más de una botella de aguardiente que nunca faltaba en su maleta, volvió a montar con bastante buen humor y, dirigiéndose hacia otro lado, pudimos cruzar la corriente en un punto más arriba. Pasando por un camino de mulas, mitad vereda y mitad cenegal, nos metimos en los bosques, cuyo trayecto completamente cerrado por la maleza oscurecía hasta la más pequeña luz de las estrellas y nos impedía distinguir cualquier objeto a una yarda de distancia.

Adelante seguía el Doctor, no sin pararse a ratos a esperarnos gritando a toda fuerza para indicarnos la dirección y, frecuentemente, pasaba la botella al grupo ecuestre antes de proseguir la marcha. Afirmaba él que el uso moderado del "aguardiente del país" cuando sufría una conmoción, o se exponía a la intemperie, o por fatiga, hacía que pudiera soportar las peores consecuencias sin enfermar. Después, cuando arribé a León, dos médicos extranjeros me afirmaron lo mismo. La bebida, cualesquiera que fueran sus benéficas propiedades, es una de las más repulsivas; y meses después, cuando me familiaricé con las costumbres del país, nunca pude probarla sin una sensación desagradable.

La advertencia de los truenos, que en la última hora habíamos percibido en la distancia, se oía ahora más cerca, y la caída rítmica de gruesas gotas, acompañada del estallido de los rayos y de los vívidos relámpagos que iluminaban el bosque en todas direcciones, dejando ver con lívida claridad cada ramita y cada hoja, para quedar nuevamente envueltos en una oscuridad de tinta.

Los huecos de la lodosa vía se convirtieron en grandes charcos, a través de los cuales y encima de las irregularidades del camino seguíamos, habiendo cambiado nuestro último romántico entusiasmo en un silencio pensativo, ocasionalmente interrumpido por el grito de alguien del grupo que se había perdido en la espesura. De cuando en cuando, en el aire caliente de la noche, el croar de los sapos y las ranas y el grito de las aves nocturnas nos llegaban penetrantes y monótonos desde los pantanos que nos circundaban, mientras el resoplido ocasional de nuestras bestias, cuando tropezaban dando con la nariz en el suelo, parecía un alivio en la selvática soledad de la ruta.

Estábamos a una milla de Rivas cuando salió la luna, haciendo nuestro camino más visible, y pronto el ladrido furioso de una manada de perros nos confirmó que entrábamos a los arrabales de la ciudad.

Las casas de paja y teja eran más frecuentes y el ruido de los perros atraían a su puerta a los perezosos campesinos, que nos escudriñaban con la mano puesta a modo de visera en la frente, mientras chapoteábamos, contestaban brevemente a nuestros saludos y nos observaban en silencio hasta que desaparecíamos en la obscuridad. Al voltear una esquina formada por una línea de casas bajas de adobe y encaladas, atravesamos una calle medio empedrada, en un silencio de tumba, y cabalgando por ella llegamos a la gran Plaza de Rivas, que vimos a las rayos tenues de la luna, con su iglesia inconclusa y sus buenas residencias presentando un espectáculo más impresionante del que esperábamos y provocando esperanzas gratas para la mañana siguiente.

Seguimos al Doctor hasta la puerta de la casa más importante de la plaza, de donde salió un caballero que nos habló en inglés y se nos presentó como el Dr. Cole. Con característica hospitalidad fuimos invitados a apearnos, se prepararon hamacas y camas para nuestro grupo, se envió un muchacho a encontrar a nuestros arrieros refrasados con las mulas de carga, y media hora después se nos dada una cena con café caliente, huevos y pan dulce, preparada por la propia señora

de la casa, con quien nuestro anfitrión se había casado recientemente, siendo ella miembro de una de las primeras familias del Departamento.

Mientras se preparaba la cena dimos un paseo por la calle más cercana, ahora iluminada claramente por la luna, y pasando por las ruinas de la iglesia de San Felipe, destruída hacía algunos años por un terremoto, llegamos a un cuartel de madera y barro, con una ironera fuera de la cual emergía la boca de un pequeño cañón. La voz fuerte y de alarma que nos gritó: "¿Quién vive?" nos persuadió de que estábamos en una ciudad acuartelada. "La Patria", contestamos. "¿Qué gente?". "Nicaragua!". No obstante el permiso para continuar nuestro paseo, ya estábamos demasiado cansados para satisfacer nuestra curiosidad y volvimos sobre nuestros pasos. Después de la agradable cena, encendí un cigarrillo que nos brindara la señora, entramos en conversación con nuestro anfitrión, caballero inteligente y bien educado, cuya vida, pasada en las ciudades del Sur, había sido una rueda incesante de agitaciones: Texas, México, California, China, Centro América. Cada una había sido respectivamente teatro de sus numerosas aventuras. Finalmente se había establecido en Nicaragua, según decía, por los lisonjeros atractivos del país. Aquí casó con la hija de un rico cultivador de cacao, y siendo él un médico de profesión se había ganado la confianza y la buena voluntad de las gentes. Le pregunté cómo había hecho para descartar los escrúpulos religiosos de la dama, habiendo yo oído decir que sólo a los católicos les era permitido casarse por los ritos de la iglesia entre las familias nativas. Me replicó que aunque se creía ser ese el caso, tales objeciones eran raras, y si las había borrarlas el afecto de la dama o el interés de sus padres.

La noche era ya bastante avanzada cuando, disponiendo de la hospitalidad amable de nuestro anfitrión, nos retiramos a descansar y dormimos profundamente, a pesar del balido de un cabrito y de las picadas de esos indispensables artículos caseros: las pulgas.

Rivas.—Evidencia de una ciudad más antigua.—Departamento Meridional.—Agricultura.—Casas campestres.—Productos.—Casas urbanas.—Hacienda de Santa Ursula.—Plantaciones de cacao.—Paisaje.—Una boa constrictora.—Alarma.—José Bermúdez.—Mujeres.—Piedad.—Un busto de Washington.—Terremotos.—Dificultades al partir.—Salina.—El Obraje.—Oración tropical.—“Los Candeleros”.—Derecho de búsqueda.—El Campamento.—Caza de un venado.—Valle de Nandaimé.—Ochomogo.—Noticias alarmantes.—Retirada.—Hacienda de San Francisco.—Las Tortilleras.—Caminata en la noche.  
—Rivas de nuevo.

Se cree que la actual ciudad de Rivas se halla ubicada en el sitio donde estuvo una ciudad más antigua, por haber rastros de calles viejas que van en dirección contraria a las actuales. Habiendo sido el Departamento Meridional, del cual es la capital, víctima de más terremotos catastróficos que las secciones norteñas del país, se cree que tales ruinas son de una ciudad que fue destruída hace un siglo. No existe, sin embargo, una fuente segura para tal aseveración.

La ciudad se asienta en el centro de un extenso llano, superpoblado de exuberante vegetación entremezclada con plantaciones de cacao, café, caña de azúcar y añil, consideradas entre las más valiosas del país. Se encuentra situada como a tres millas del lago y está rodeada de varias pequeñas poblaciones que son propiamente arrabales de Rivas, pero cada una lleva su nombre particular. La ciudad con sus alrededores es sin duda la tercera en población de Nicaragua, aunque el follaje que ofrecen las numerosas y pequeñas haciendas y el espacio para jardín que se reserva cada residencia, esconden sus verdaderas proporciones. Hacia el lago y sirviendo como un embarcadero de la ciudad, está la aldea de San Jorge, que comúnmente se considera como parte de Rivas.

Los habitantes del Departamento Meridional (1) son en su mayoría “meztizos”. Al tiempo de mi visita casi todos los hombres habían huído hacia los lugares más apartados del país, para evadir su enganche en el ejército, no habiendo respeto hacia nadie cuando el Gobierno necesitaba soldados. Esto dejó a los departamentos, especialmente a aquellos dedicados al cultivo del cacao, enteramente sin trabajadores, y en muchos casos el resultado de años de paciente labor se perdía por el reclutamiento forzoso de los trabajadores de las plantaciones. Con tales métodos, no podía haber mucho incentivo

para la industria agrícola. En verdad, fui verazmente informado por Mr. Stanisbury, casado con una rivense, que la proporción entre mujeres y hombres era de cuatro a dos en aquel tiempo, debido al éxodo de los habitantes masculinos.

La mayoría de las haciendas se comunican con el camino real por veredas casi ocultas que se extienden por millas hacia el interior y que no podían ser localizadas, a no ser por ojos experimentados. Estas haciendas se hallan situadas en parajes remotos y tan lejos como es posible del teatro de las frecuentes revoluciones que devastan el país anulando la labor de los cultivadores. Los nativos iban ocasionalmente a la ciudad con legumbres y frutas, pero en tiempo de revolución con el constante temor a ser reclutados.

Las casas en las fincas del país, como también en las pequeñas poblaciones, son por lo general toscas cabañas construidas con cañas y entechadas con hojas secas de palma, las que, convenientemente colocadas, son impermeables a la lluvia. No hay chimeneas y la puerta sirve de escape para el humo, y a menudo la preparación de los alimentos se lleva a cabo al aire libre y la familia se sienta haciendo rueda frente al fuego en las horas de comida. En ninguna época del año el clima es tan severo como para exigir que las casas sean de mayor solidez. En las ciudades más grandes, no obstante, las habitaciones son de adobe, limpias y hasta bellamente construídas, regularmente blanqueadas con cal y sus techos entejados.

Las capacidades de Nicaragua, y en especial de la parte Sur del país, son todavía desconocidas y hasta el presente parece no haber estímulos para el desarrollo de sus recursos. Se necesita de una actividad grande a fin de hacer realidad las ventajas que ofrece el país, una protección para el trabajo y la garantía de un gobierno estable y ca-

(1) Rivas, uno de los siete departamentos en que estaba dividida Nicaragua: Sonestern, Geografía, p 15

paz. Por todas partes hay evidencias de que Nicaragua era, no hace mucho tiempo, un país poblado y próspero. Sus iglesias, ciudades, acueductos y estanques —sus grandes plantaciones en decadencia, cubiertas de árboles y apiñadas enredaderas, sus linderos sólo indicados por el infalible cerco de erguidos cactus como una burla a la ociosidad y desorden que las ha reducido a su presente condición— todo señala que un día, ni la influencia enervante del clima era capaz de producir los efectos destructores que ahora atestiguan treinta años de disensiones internas.

El café y el cacao que se cultivan en las vecindades de Rivas se cotizan a precios más altos que los de cualesquiera de los otros Departamentos. Pero el cacao poco se exporta, siendo la mayor parte aprovechada en el país donde es artículo universal en la alimentación en la forma de una bebida espesa, pero sumamente agradable, llamada tiste, que se consume por todas las clases sociales. Lo poco que se exporta es a menudo vendido a razón de \$ 20.00 el quintal. El café aun que no tiene la reputación del de Costa Rica, es excelente y se exporta en mayores cantidades que el cacao. Su cultivo hasta ahora ha sido descuidado no sólo por las causas atrás enumeradas, sino por las dificultades de enviarlo a los mercados, pues no ha habido comunicaciones con el resto del mundo antes de la apertura de la Ruta de Tránsito. El maíz, el añil, el arroz y el tabaco se cultivan también, pero últimamente en pequeñas cantidades debido a los efectos devastadores de las guerras. Un azúcar de inferior calidad se produce, que es de caña indígena del país y muy diferente a la de las Indias Occidentales y de la parte Sur de los Estados Unidos. Las toscas máquinas que se emplean en su elaboración impiden que sea importante artículo para la exportación, amén de que apenas se produce lo suficiente para el consumo interno. La fabricación de aguardiente es el principal incentivo del cultivo de la caña de azúcar. La producción de algodón de una calidad superior fue una de las ramas florecientes de la industria, pero ésta, como la de otros artículos de la agricultura, han declinado ante el hálito destructor de la guerra.

Un inteligente comerciante norteamericano que ha residido durante muchos años en varias partes de Nicaragua, dice que de los cálculos que él ha hecho, comparándola con Cuba y otras islas de las Indias Occidentales, Nicaragua es capaz de producir anualmente, fuera de lo que ya tiene cultivado: diez millones de "bushels" de maíz, doce mil zurrones de añil (que es el mejor del mundo), incontables cargamentos de azúcar, arroz, almidón, palo de rosa, maderas de tinte, medicinas, etc., y en todos aspectos rivalizar ventajosamente con Cuba. La natura-

leza ha hecho su parte; se necesita ahora decisión y espíritu de empresa humanos para que se cumplan las más halagüeñas predicciones.

La ciudad de Rivas tiene cerca de cinco mil habitantes y es el centro comercial del Departamento. Sus calles están trazadas con regularidad, empedradas y con una anchura uniforme. Las casas son de una sola planta, con techos de teja, puertas sólidas de cedro y con un portón de entrada también entejado. Una casa de habitación corriente, incluye un cuadro vacío que es el patio, al que dan las puertas de los cuartos interiores y alrededor del cual se extiende el corredor. Este sirve para acomodar mercaderías, provisiones, equipaje de los viajeros, sillas de montar y todas las cosas comunes del mobiliario familiar. Las casas constan de un dormitorio familiar llamado sala y de varios dormitorios. El mobiliario se halla parcamente colocado por todos lados de la sala y por lo general consiste en unas pocas sillas pesadas y de respaldar recto, un armario guardaroja y una o dos mesas pequeñas.

A la mañana siguiente de nuestro arribo desplekamos gran actividad desde muy temprano, y habiendo hecho nuestra ablución en una vieja tina en el patio, comenzamos con nuestro anfitrión a visitar la ciudad. Durante nuestra permanencia de una semana, hicimos frecuentes excursiones al campo a fin de inspeccionar las haciendas de los alrededores y observar el método de cultivo del cacao y de la caña. Una finca de cacao tiene de seiscientos a cinco mil acres de tierra. La de "Santa Ursula", a dos millas de la ciudad, más o menos, y propiedad del Señor Lacayo, es una de las mejor cultivadas de la vecindad y consta de alrededor de dos mil árboles. La hacienda del Señor Argüello es también una de las más grandes y más valiosas en el Departamento. Estas, como otras en esta sección del país, están desayendo rápidamente. Sólo tres hombres vivían en la finca, y el triste silencio era inviolado, salvo por el crujido de los maderos negros y de los plátanos que, con los cactus, forman una sombra protectora de los árboles jóvenes hasta que ganan suficiente fuerza para resistir los fieros rayos del sol. El mayordomo nos recibió a la entrada; gentilmente nos invitó a pasar, y con entusiasmo contestaba a nuestras preguntas; lisonjeado por nuestra admiración, pronto se volvió locuaz y nos describió el método de cultivo.

El lugar escogido para la plantación primeramente es desyerbado y rozado; a menudo se le da fuego al terreno; luego se ara el suelo a una profundidad de poco más o menos seis pulgadas con el arado tosco del país. Las plantas jóvenes se siembran entonces en cuadro, con una separación aproximada de diez pies, mientras los espacios intermedios

son ocupados por plátanos y cafetos. El madero negro se siembra a intervalos regulares y sus ramas frondosas protegen eficazmente la vegetación de abajo. Muy poco personal se necesita para cuidar una plantación no más grande que ésta de "Santa Ursula"; la mayor parte de la labor corresponde al tiempo de la cosecha. Se deja que las hojas caídas se pudran en el suelo; las raíces de los árboles, sin embargo, se mantienen cuidadosamente limpias y cada día los niños del mayordomo o los de los trabajadores van de un lado a otro de la plantación destruyendo los insectos que, si se les dejara, serían fatales a los árboles. El terreno de toda la finca, como es el caso de la mayoría de las secciones de esta parte baja de Nicaragua, es negro, de rico mantillo, que requiere por su extrema fertilidad el uso constante del azadón, a fin de evitar que las malezas crezcan con lujuria e invadan la plantación.

Hay que esperar de tres a cuatro años para que los árboles jóvenes comiencen a dar frutos, después de lo cual, según supe, siguen produciendo por espacio de medio siglo. No hay fincas, sin embargo, de esa edad para juzgar si esta aseveración es correcta. Se precisan pocos años, después de comenzar una hacienda, para que toda la finca esté firme y bellamente circundada con un seto de cactus y de plátanos, a menudo de veinte pies de altura e impenetrable como la maraña espesa.

Nicaragua es capaz de producir por sí sola suficiente cacao para suplir a Norte América, con el esfuerzo de una industria bien dirigida y apoyada por un gobierno progresista. Los árboles, tal como los vimos, ya habían fructificado, pero observamos yemas, flores y frutos al mismo tiempo en muchos de ellos.

Nada puede exceder a la quieta belleza de uno de estos fundos. Tanto como puede alcanzar la mirada aparece el follaje esfumándose en la distancia y la perspectiva rodeada de una umbrosa verdura. El suelo está perfectamente nivelado, espesamente cubierto con hojas secas caídas a tierra a causa de las lluvias, a través de las cuales millares de delicados pimpollos y de bellos botones revientan embalsamando el ambiente con gratos aromas. Las cerezas rojas de los cafetos, el color dorado del cacao y de las frutas en racimo de los plátanos, las naranjas y las limas ofrecían un agradable contraste con la esmeralda profunda de la fronda. Arriba, en medio de las hojas protectoras de los palos negros, se agitaban bandadas de loros dándose prisa, con su parloteo ruidoso, de árbol en árbol, mientras a intervalos el grito áspero de las guacamayas partía el silencio, apenas visibles allá en las ramas más altas de un distante guanacaste. La única señal de la presencia humana era la voz de

nuestro cicerone cuando señalaba algún curioso arbustio explicándonos sus propiedades, o dirigía nuestra atención hacia la exuberancia de las brillantes flores tropicales. Aquí, en verdad, parecía la región de la eterna florecencia, en donde rústicamente y sin ninguna atención, las plantas más raras y las flores más bellas emiten su fragancia singular saturando el aire de ricos bálsamos. ¡Apasible "Santa Ursula"! ¡Pasarán muchos, muchos años, antes que tu solemne belleza pueda borrarse de mi corazón!

Cuando regresábamos, a la entrada de la hacienda nos paramos a charlar con una muchacha de rostro bonito y pulcramente vestida, hija del propietario, que nos invitó a pasar adelante, a la vieja casa de adobe. Al hacerlo, media docena de perros bravos, excitados por nuestra apariencia extraña, salieron del corredor a ladrarnos, pero regresaron sobre sus pasos al reproche de su ama. Una sonriente y sencilla indita, sirvienta de nuestra amiga, se hallaba cómodamente cosiendo un vestido de fantasía para una fiesta próxima. Levantó sus bellos ojos negros hacia nosotros mientras nos acercábamos, y prontamente reasumió su labor; y a una pregunta casual que le hice, sólo vió a su ama y se puso a reír. A diferencia de las mujeres de la clase humilde que yo había visto, esta usaba zapatos y medias, artículos de lujo a los cuales evidentemente no estaba acostumbrada, dada la pesadez en su andar cuando se levantó y nos trajo bananos. Casi todas las mujeres de Rivas usan collares, anillos y aretes baratos que compran al buhonero ambulante, tipo familiar en todo el Sur de Nicaragua desde la apertura de la Ruta del Tránsito.

Ni el mayordomo ni las mujeres sabían la extensión de la hacienda, pero bien podía ser ésta de media legua cuadrada. En Nicaragua no se toman medidas exactas y las distancias se calculan por caballerías o jornadas a caballo.

Mientras conversábamos, vimos por primera vez una oropéndola, pájaro bello que tiene el tamaño de nuestro petirrojo, con el cuerpo negro y escarlata y las alas y cola amarillas; este pájaro es cantor y con frecuencia se le coge y enjaula por esa razón. Aquí tomamos nuestro primer vaso de fiste, bebida compuesta de cacao molido, azúcar y pinol, o maíz tostado y molido. Se le hace muy dulce y es realmente delicioso.

Meciéndonos perezosamente en la hamaca que nos brindara la señorita y escuchándola sobre la revolución y sus efectos desastrosos para la industria del país, nuestras horas se deslizaron plácidamente. La suave brisa acariciando las ramas frondosas entraba agradablemente por los anchos corredores. Han estropeado todas las fiestas

del país, dijo nuestra joven, a tiempo que se contemplaba maquinalmente en un espejo colgado ahí cerca, y meditaba sobre los días del ayer, cuando cada dos semanas había un día de fiesta, en las que todo el encanto de los ojos brillantes y de los labios rojos podían ponerse en juego en el bolero grácil o en el fandango saleroso. En verdad que los días felices de Nicaragua parecían idos para siempre y que el país, otrora paraíso de placer y de despreocupada alegría, estaba ahora abandonado a los zarpazos de la guerra.

Después de decir adiós a nuestra amiga, proseguimos hacia la ciudad y cuando pasábamos frente a una pequeña y medio ruinoso hacienda, la vieja dueña nos hizo señas para que entráramos. Vimos a un grupo de personas reunidas alrededor de algo en el suelo y que luego descubrimos era una boa que acababa de ser muerta en el acto de tragarse una guatusa, pequeña animal de tierra, entre erizo y ardilla, cuyos gritos atrajeron al grupo al lugar del suceso. La serpiente tenía a su víctima medio engullida cuando la mataron, con la cabeza del animalito fuera de su boca.

Una de las mujeres dijo que había sido una suerte la muerte de esta culebra, porque algún día hubiera acabado con uno de sus hijos. Le pregunté si tal hecho había ocurrido alguna vez, a lo cual todos los del grupo respondieron afirmativamente, y cada quien, interrumpiendo al otro, se hizo lenguas refiriendo casos en que, en las haciendas más apartadas, varios niños habían sido víctimas de las boas. La historieta, sin embargo, necesita confirmarse en fuentes más formales. Esta culebra medía catorce pies de longitud y casi un pie de circunferencia en la parte final. Me dijeron que alcanzaban un tamaño mayor.

A nuestro regreso a Rivas nos encontramos al pequeño cuartel en estado de intensa agitación. Un correo había llegado con la alarmante noticia de que los soldados de Chamorro, en número de doscientos, estaban en las orillas de la ciudad preparándose para atacarla. El tambor de la guarnición llamaba animosamente a las armas, y se procedía a una limpieza general de mosquetes. Resultó ser una falsa alarma y la tranquilidad fue luego restablecida, pero tuvimos la ocasión de ver la confianza que nuestros amigos los norteamericanos residentes ponían en los medios de defensa y en la buena fé del enemigo. El Doctor Cole ya había empacado sus baúles, ensillado las mulas y su familia estaba lista a salir apresuradamente hacia San Juan del Sur tan pronto como hiciera su aparición la facción contraria. Se habían hecho varias ejecuciones recientemente en las cuales los prisioneros fueron obligados a hincarse en la plaza para ser sumariamente fusilados tirándoseles al cora-

zón. No era oportuno confiar en la merced de hombres frenéticos por la oposición y la derrota y sedientos de la sangre de todos los americanos.

En medio de la barahúnda surgida por el grito de "¡el enemigo!" un hombre irrumpió en la ciudad cabalgando un brioso caballo con los arreos cascabeleros a que son tan aficionados los caballeros hispanos. Acicateó hacia donde estábamos admirando su equitación, parando en seco su corcel y lanzando una lluvia de arena y polvo a nuestros pies, evidentemente enfadado porque permanecimos inmóviles frente a la peligrosa proximidad de las patas del animal. Este hombre era el célebre José Bermúdez, muerto después en una de las sangrientas batallas de la revolución, y catalogado como el jinete más atrevido y el combatiente más fiero en el Departamento. Sus grandes y expresivos ojos, su gruesa y larga cabellera, su flexible figura, su aspecto de "¡qué me importa!" y el estilo de su traje, le daban una verdadera prestancia cuando cabalgaba.

Regresaba ahora de un viaje de inspección por su propia cuenta, y desmontó de su caballo precisamente cuando el cielo se puso nublado y cayó de improviso una tormenta atronadora sobre la ciudad. Las calles fueron arroyos en corto tiempo y todo el mundo, excepto un burro que pacía apaciblemente en la plaza, corrió a refugiarse. Bermúdez afectaba un desprecio por la lucha insignificante de sus compatriotas, y a menudo se refería, para atemorizar, a las grandes batallas de México, como el non plus ultra en los anales guerreros. El termómetro durante nuestra permanencia en Rivas se mantuvo más o menos como sigue: a las seis de la mañana, 82°, a las doce meridiano, 98°, y a las seis de la tarde, 88°. La temperatura parecía cambiar poca cosa por las lluvias de la tarde. Desde las torres de la iglesia de Rivas se obtiene una vista muy bonita de una porción del Lago de Nicaragua y del volcán Ometepe.

El mercado ocupa los lados Norte y Oeste de la gran plaza. Aquí se exhiben en venta numerosas frutas del país, chiles picantes, artículos de ropa ligera, medicamentos y chucherías. Las mercaderías, colocadas en el pavimento en canastas grandes y de poco fondo, eran vigiladas por mujeres, quienes nos observaban curiosamente cuando pasábamos ante sus artículos de comercio. Al suponer que como extranjeros no podíamos hablar su lenguaje, se arriesgaron a hacer observaciones en cuanto a nuestra apariencia personal y nuestros trajes. Mariano, no obstante, le contestó a una vieja gorda que se rió de su sombrero de paja de ala angosta, a tiempo que todo el grupo rompió en un alborotado regocijo gritando: ¡Es hijo del país, habla bien el español! es inme-

diatamente comenzaron una conversación con nosotros, en la cual preguntaron el objeto de nuestro viaje, aconsejándonos que por ningún punto continuáramos nuestra ruta a través del país. Las tropas de Chamorro se habían posesionado del camino a Masaya y no darían merced a los norteamericanos. Yo siempre hallé a las mujeres de las clases humildes de Centro América sencillas, de buen corazón y hospitalarias, generalmente haciendo la parte más dura del trabajo y nunca cansadas de sus tareas incesantes. Son en realidad las picadoras de la leña y las haladoras del agua. Escuchan con legítima sorpresa los relatos sobre Norte América y Europa que les hacen los extranjeros, y generalmente están prestas a ofrecer hospitalidad, según sus medios.

La construcción de La Parroquia, iglesia a medio terminar que forma el costado Este de la plaza, ha llegado a su estado actual gracias a la piadosa contribución de las mujeres, siempre dispuestas dentro de sus modestos recursos a satisfacer las inevitables exigencias del clero. La construcción lleva ya catorce años y tiene todo el aspecto de un viejo edificio en ruinas. Sobre los muros se levantan árboles de diez años, cuyas raíces están desplazando los sillares, mientras en el interior, nunca techado, se ve una maraña inextricable de zarzas y malezas. ¡He aquí el prototipo de un país en decadencia!

Hay cuatro iglesias en Rivas en las cuales se dice misa diariamente y se llevan a cabo los acostumbrados servicios dominicales. Con excepción del excesivo oropel y de las ceremonias, los ritos son iguales a los de la Iglesia Católica de otras partes. La mayoría de los fieles son mujeres, quienes cumplen su primer deber mañanero concurriendo a misa. Cuando se hinchan en el pavimento de piedra con sus rostros hacia el altar parecen estatuas silentes, mientras a intervalos canturrea el cura con su voz monótona, acompañado del grupo coral.

Unos de los sacerdotes, notoriamente viejo, de rostro inteligente y talante decoroso, estuvo en los Estados Unidos hace veinte años y a su regreso trajo consigo un busto de su ídolo Jorge Washington que, cosa curiosa, ahora ocupa un nicho en la iglesia donde oficia, colocado vis a vis con las imágenes encapuchadas y barbadas de los santos y los mártires.

Después de cuatro días en impaciente espera del arribo de las mulas que nos prometiera nuestro arriero de la Bahía de la Virgen, las cosas más conspicuas de Rivas empezaron a empalagarnos. Una pequeña dosis de sutileza y observación son suficientes para abarcar cada uno de los aspectos más interesantes del lugar. Su escenario rural tranquilo, sus calles desiertas, sus igle-

sias silenciosas y sus pobladores indiferentes no proporcionaban sino un tema ya sin interés. Al tercer día mi paciencia empezó a flaquear a pesar de las admoniciones de mi amigo Dixon en San Juan, de "mantener la calma". La monotonía de la vida llegó a serme repugnante. Día tras día esperaba yo la llegada de las mulas prometidas y, finalmente, despaché un correo por ellas a la Bahía de la Virgen, que regresó la misma tarde con este lacónico anuncio: ¡no hay! Fueron igualmente infructuosos los mensajes que envié a San Jorge, El Obraje, Potosí y otros lugares aledaños, en donde supe había arrieros con patachos de mulas. En realidad, la costumbre seguida por el gobierno de atrapar sumariamente a hombres y animales para la guerra, hacía que cada propietario de mulas tuviera temor de exponer su propiedad.

En la noche del cuarto día hice mi quinto solemne compromiso para obtener animales, habiendo resultado inútiles todos los anteriores sin que los obligados siquiera parecieran a ofrecer excusas por el incumplimiento de su convenio. El Doctor me recomendó: "cálmese y no se enoje". Yo debía aprender más sobre las costumbres de estas gentes antes de abandonar el país. El individuo con quien ahora había hecho trato me prometió con tal aire de sinceridad que estaría en la puerta puntualmente a las ocho de la mañana, que no podía dudar de él. El Doctor, sin embargo, se rió de la idea de partir el día propuesto y la señora me contempló como si fuera una maravilla de urgimiento y precipitación cuando ordené que se empacara mi equipaje y se colocara en un lugar conveniente para ser cargado. Las predicciones de mi hospedero eran muy correctas: jamás volví a ver al hombre.

Entonces decidí hacerle una súplica a Don Buenaventura Selva, el Comandante Militar del Departamento y hombre fuerte de Castellón. Le pedí a mi amigo Davis que me presentara, y me dirigí hacia el cuartel. Un centinela descalzo estaba en la entrada y cuando nos aproximamos subió el mosquito al hombro haciendo reverencia a un kepis militar que el Doctor había insistido que yo llevara puesto para darle así más fuerza a mis peticiones, haciéndome la observación de que una insignia militar haría más para asegurar respeto que todo un tratado Chesterfield de urbanidad.

Encontramos al Comandante sentado en un sillón de respaldar recto, en compañía de varios personajes con aspecto de oficiales, todos fumando cigarros, mientras dos hombres, aparentemente acabados de llegar de una larga jornada, comían tortillas y queso en un cuarto contiguo. Mi acompañante me presentó lisa y llanamente como portador de despachos de los Estados Unidos para

Don Francisco Castellón, aserto que juzgué imprudente contradecir en aquellos momentos. Al anuncio, todos se pusieron de pie y la proverbial cortesía hispana salió inmediatamente a relucir. Se inquirió noticias de California; y el objeto de mis negociaciones fué eludido con tacio, porque era parte de mi diplomacia quedarme en silencio. Don Buenaventura me reprochó el no haber acudido a él para conseguir mulas, ya que tenía órdenes del Gobierno de ponerlas por cuenta del Estado a disposición de personas públicas, lo cual, como supe después, consistía en detener por la fuerza todo animal que se encontrara. Me prometió las mulas para aquella misma tarde, y después de varios saludos efusivos y del cambio de cigarros (prueba de amistad), nos despedimos. "Al fin", pensé, "se concedió mi deseo". Por la tarde nos presentamos de nuevo, temiendo que los "asuntos de Estado" hubieran hecho que nuestro Comandante olvidara sus reiteradas promesas. Nos aseguró, sin embargo, que nuestras mulas estarían listas y disponibles tan pronto como nuestro equipaje estuviera preparado. Pero vino la noche y al renovar nuestra visita al día siguiente, muy de mañana, Don Buenaventura había salido de la ciudad para no regresar en todo el día.

Con este desengaño nos presentamos ante un oficial ahí cerca para que nos alquilara dos bestias de aspecto raquíptico que comían zacate en el patio, a lo cual, después de dos horas de pensarlo, accedió, pero a un precio exorbitante. Era demasiado tarde, sin embargo, para llevar a cabo el viaje aquel día, y regresamos a casa a fin de esperar la hora de salida a la mañana siguiente. El descanso de la noche restauró mi buen humor y temprano despachamos a nuestro sirviente al cuartel por las bestias. Después de una hora de ausencia regresó con este inesperado anuncio: ¡no hay! Empecé ahora a desesperar. Era obvio que ni francas promesas ni dinero podían comprar mulas en Rivas, como tampoco podían ser robadas o prestadas. Más cuando estábamos convirtiéndonos casi en blasfemos con el tema de la puntualidad de los nicaragüenses, o de la falta de ella, un mulero llegó de Rivas a su paso para Masaya conduciendo varias cargas de cacao y tres mulas de silla. Hicimos ahí luego un trato, y sin tener el deseo de salir inmediatamente, lo que hubiera sido una anomalía en las costumbres centroamericanas, a las cinco de la tarde ya estábamos lejos de Rivas.

Habiéndose divulgado la noticia de que los americanos estaban prestos a salir, se unieron a nuestra comitiva cerca de una docena de nativos que, como después supimos, habían estado aguardando para beneficiarse de nuestra escolta y compañía en el camino. Esperamos a que pasara una fuerte tormenta, y luego montamos y desfilaron en orden

a través de la plaza; pasamos frente al cuartel, y salimos de la ciudad; el Doctor Davis iba a la cabeza de la columna, viendo hacia atrás, y no sin orgullo, la pompa de nuestros hombres a caballo y erizados de armas. La procesión, ridícula como nos parecía por sus mulas orejonas y peludas y por los trajes de los jinetes, era no obstante de aspecto formidable, y varios entusiastas vivas atestiguaban la impresión que hacíamos, cuando dejamos la población. Cuatro de nosotros llevábamos rifles y revólveres, y el resto, mosquetes de chispa o pistolas de poco efecto. El despliegue marcial, agregado al respeto que se tenía a los americanos armados, para impedir un ataque de cualquier grupo del enemigo que recorriera los caminos.

A los pocos minutos de andar estábamos fuera de la ciudad. Opuestamente a la casa del señor Hurtado, encontramos a un americano residente, que cabalgaba a prisa hacia Rivas, quien nos aconsejó que regresáramos y esperáramos la confirmación de la noticia de la aproximación de las tropas de Chamorro. Nos manifestó que los caminos estaban impasables y se hallaban infestados de grupos de hombres hostiles. Pero una semana de vida monótona me había disgustado enteramente y, ansioso de avanzar, determinamos correr los riesgos y enfrentar los peligros. La hacienda al lado opuesto del sitio donde habíamos cambiado impresiones se hallaba desierta, salvo por unos pocos naturales dejados para su cuidado, y la consiguiente manada de perros. Siguiendo nuestra marcha cruzamos el río Gil González, poco más o menos a cinco millas de la ciudad y a las seis de la mañana arribamos a la aldea de El Obraje, en donde nos pareció prudente pernoctar. Al cabalgar hacia el pequeño cuartel, el Comandante vino a nuestro encuentro, y al saber que éramos norteamericanos y partidarios de Castellón, ordenó a uno de sus hombres que trajera un jarro de aguardiente, pasando el licor por turno. El centinela, que cuando llegamos no había conocido nuestra divisa, temblaba cuando formamos frente al cabildo, pero al notar que había licor, con nuestra disposición amigable se tranquilizó.

Ante la invitación de un anciano venerable que ofreció alojamiento, como su casa se lo permitiera para pasar la noche, desmontamos y enviamos nuestros animales a un corral cercano, entramos a la casa, donde la señora y sus hijas calladamente prepararon una caliente cena para toda la comitiva.

Mientras estábamos desensillando las mulas, la campana de la iglesia del pueblo dió la señal de la oración; (1) al instante cada quien se descubrió y durante unos po-

(1) N del E.—Como esta escena ocurre en Rivas supónese un lapsus el que el autor diga que "el mulero llegó de Rivas"

cos minutos el silencio imperó en el poblado, hasta que un nuevo repique se dejó oír con un retintín alegre, momento en que se reanudaron las ocupaciones. Desde el Comandante del puesto al más insignificante de los habitantes, la observancia de este pequeño rito parecía un deber habitual considerado como sagrado. Meses después, en las solitarias montañas de Honduras, cuando esta ceremonia se repitió en las aldeas alejadas del interior, yo siempre recordé ésta, la primera vez que la había presenciado. Se ocupa tan sólo un momento, no se abandonan los deberes y para muchos esto podría tomarse como un símbolo de sumisión ciega a los formulismos del catolicismo, pero el acto, tan sencillo como es, tan primitivo en su índole, desde entonces se quedó agradablemente impreso en mi mente como una evidencia de los devotos sentimientos del pueblo.

Por la noche extendimos nuestras mantas en el corredor y bajo el dosel de un cielo profundamente tachonado de estrellas y con una luna en creciente hundiéndose detrás del tupido follaje al Occidente, pronto nuestro grupo estuvo dormido, haciendo guardia uno de nosotros, aunque tal precaución parecía sobrar considerando la proximidad del centinela vecino.

Temprano de la madrugada estábamos ya activos, y habiéndole pagado a nuestro amable viejo, montamos, y a las seis dejamos el poblado habiéndole dado una calurosa despedida al gordo Comandante, y alquilado los servicios de un muchacho para que nos guiara a través de un desvío que había al Occidente del camino real, que según supimos estaba casi intransitable por el lodo. Antonio nuestro guía, ofreció sus servicios hasta Masaya por cinco dólares, y aunque pusimos en duda su aseveración: hay lodo señores, hasta la cincha, nos pareció mejor proseguir con la cautela del caso. De común acuerdo dejamos el consabido camino real y seguimos a nuestro guía, que trotaaba ligero delante de nosotros y nos metimos en un denso bosque, siguiendo un camino en zig zag, que se adaptaba a las irregularidades del terreno. La mañana estaba deliciosa y con las notas alegres de los brillantes pájaros, los vistazos de un cielo claro que aparecía a través de la celosía de las ramas tupidas, y el aire fresco y vigorizante de la selva, proseguimos, conversando con nuestros acompañantes nativos que abiertamente expresaban sus opiniones sobre la revolución. La mayor parte de ellos eran comerciantes, hombres más sensibles que otros a la influencia depresiva de un malhadado sistema de gobierno bajo el cual ellos laboraban, sin importarles cualquier cambio con tal que se pudiera conseguir la restauración de la estabilidad comercial.

El panorama, en todo nuestro trayecto de cerca de ocho millas de El Obraje a la pequeña hacienda llamada "Los Candeleros", era bello y romántico. Era la época de las lluvias más copiosas, cuando el húmedo suelo, ahora caliente, nutría de vida a la tupida vegetación, dando vida a toda una variedad de arbustos y de enredaderas, que formaban una maraña a lo largo del camino, o subían por las majestuosas ceibas, centellantes con sus espléndidas flores rojas y retorciéndose en festones de rica esmeralda en las florescencias adornadas de campánulas. Por dos veces vimos en el bosque grupos de monos colorados persiguiéndose los unos a los otros y saltando de una altura increíble, balanceándose con maravillosa precisión de rama en rama, colgándose por sobre nuestro camino y protestando con cómica seriedad contra nuestra intromisión en sus dominios. Bandadas de loros avivaban la selva con sus parloteos y de cuando en cuando el grito ronco de la garza azul se combinaba con el agudo chillido del mono colorado. Estábamos ciertamente de vena para gozar hasta el límite la frescura y la belleza salvaje del panorama, porque cada objeto nuevo y extraño tenía para nosotros los encantos que se revelan por primera vez a la imaginación del lector, las floridas descripciones de la vida del trópico y sus paisajes.

Al mediodía nos hallábamos en "Los Candeleros", lugar apartado que se halla más o menos a medio camino entre el lago y el océano, y rara vez visitado, excepto en la época de lluvias, época que sirve de albergue a los viajeros en ruta de Rivas a Nandaimé. Al cruzar una quebrada de poca profundidad, que violentamente corre entre rocas hacia el río Gil González, donde desagua, dimos de pronto con una recua de mulas conducidas por un arriero de aspecto tan sospechoso que el Doctor, contra nuestros deseos, lo paró y le exigió que mostrara su pasaporte. No era ocasión, sin embargo, para miramientos, los robos y las traiciones eran frecuentes y el hombre, sin protesta alguna, presentó sus papeles, los que fueron cuidadosamente examinados, después de lo cual se le permitió que siguiera su camino. Nuestro amigo ofreció como justificación que de Rivas se estaba sacando pólvora de contrabando para ciertos partidarios de Chamorro. Al arriero, sin embargo, le pareció cosa natural y corriente el hecho de que lo registrarán. A pocos pasos de la quebrada, subiendo una empinada cuesta llegamos a la hacienda que, según se nos dijo, otrora fue lugar de importancia considerable, aunque ahora sólo tenía unas pocas chozas destartadas, en una de las cuales encontramos a dos nativos, que se levantaron precipitadamente cuando llegamos, evidentemente alarmados por nuestra presencia y número. Pronto se tranquilizaron y en respuesta a nuestras preguntas sobre carne o alimentos

de cualquiera otra clase, nos señalaron una espesura cercana, en la que dijeron podríamos matar fácilmente un venado.

Dejamos al Doctor dirigiendo el avivamiento de un fuego cuyos rescoldos humeaban aún en la choza, y un chico vivaz apellidado Ceballos se ofreció para acompañarme cuando decidí ir a la cañada vecina para conseguir un sorbo de agua pura y con la esperanza de encontrar caza. Escasamente habíamos penetrado veinte varas, cuando el siseo peculiar que se usa en Centro América para atraer la atención, me hizo ver hacia atrás y observé a uno de los nativos, que nos había seguido en silencio, quien señalaba hacia abajo de la quebrada. Seguí la dirección indicada y mi corazón dió un vuelco cuando ví un hermoso venado parado debajo del saliente de una roca, con las patas delanteras metidas en el agua, la cabeza y orejas erguidas, las narices dilatadas y sus grandes y negros ojos siguiendo nuestros movimientos, más allá estaba la hembra, igualmente interesada en observarnos, no nos separaban más de cincuenta yardas. Apunté, pero la inocencia con que estas criaturas medrosas esperaban la descarga casi me hizo desistir de mi asesino designio. Pero el escrúpulo fue momentáneo. Mis dos acompañantes nativos fruncieron el entrecejo con expectación y un momento después, mientras en el bosque retumbaba el estallido del disparo, mi valiosa pieza, de un solo brinco alcanzó el peñón y se paró, trató de mantenerse en pie, pero luego cayó pesadamente en el lecho del arroyo. Ceballos lanzó un grito de alegría y corrió hacia la víctima, mientras la hembra desaparecía como un relámpago en el bosque. El muchacho sacó su cuchillo, cortó la garganta del animal y un trozo de carne para consumo inmediato, y echándose a la espalda lo llevó al campamento, ofreciéndonos después un delicioso filete, cuyo corte tuve el cuidado de dirigir, pues la gente del país, más allá de la inmediata vecindad de la Ruta de Tránsito, donde su contacto con extranjeros los ha civilizado algo, tiene escasa idea de cómo destazar, y cortan grandes y gruesos pedazos que echan a las brasas y comen a medio asar y achicharrados por fuera.

Obsequié a los ocupantes de la choza toda la carne que no necesitaba nuestra comitiva y a las tres de la tarde continuamos el viaje hacia Nandaime, despidiéndonos con el adiós caluroso de los nativos cuyo concepto de los norteamericanos había sido grandemente mejorado con los tragos de aguardiente que les brindó el Doctor.

El calor se había vuelto sofocante. El bosque parecido a los robledales del Oeste de nuestro país, alternaba con verdes manchas de césped en los cuales crece la manzanita o manzano silvestre. Pasamos tam-

bién las ruinas de una finca de añil, los tanques y la tosca maquinaria ocultos por las lianas y malezas que, en este clima por mucho que se arranquen, se reproducen como por arte de magia y pronto cubren de nuevo las plantaciones descuidadas. Desde una pequeña eminencia en nuestra ruta logramos una vista amplia del valle de Nandaime, resplandeciente a la luz del sol y rodeado por ondulantes colinas que rodean el volcán de Masaya.

A las seis de la tarde llegamos al río Ochomogo, seco en el verano pero ahora después de las últimas lluvias torrenciales, con más de tres pies de agua. Nuestro camino nos llevó directamente de la selva a una vía ancha, y al cruzar el río vimos que un hombre a caballo salió vertiginosamente hacia Nandaime. Cabalgamos hasta la hacienda, que consistía en una casa grande de adobe recientemente construída y usada como residencia por los vaqueros, pues esta es una de las principales regiones ganaderas del Sur de Nicaragua. Diez hombres jóvenes nos clavaban sus miradas a través de una ventana medio cerrada y luego, saliendo de la casa, corrieron apresuradamente hacia el Doctor a quien le secretaron estas ominosas palabras:

¡¡Cuidado, el enemigo!!

"¿Dónde", preguntó el Doctor.

"Aquí no más!", fue la respuesta cuchicheada, y luego el Doctor, reconociendo en quien le hablaba a un antiguo paciente cuya vida había salvado al practicarle una operación, averiguó que los chamorristas, en número como de ochenta hombres, habían abandonado Nandaime el día anterior y se dirigían a Rivas. El jinete que tan sin ceremonia partió a escape al divisarnos era uno de los chamorristas a quien habían ordenado observar nuestros movimientos. No previendo que tomaríamos el atajo de arriba, lo habíamos sorprendido. El hermano de nuestro informante yacía dentro de la casa gravemente herido de un bayonetazo que recibiera el día anterior en Nandaime. "Vuélvanse!", "Vuélvanse!" nos apremiaba nuestro amigo mientras observaba a la comitiva. "Mataron a todos los americanos!"

Henos aquí en un buen brete. Mas, habíamos corrido el riesgo y regresar por el camino principal con el lodo hasta la panza de nuestras bestias, era terrible de solo pensarlo. No había tiempo que perder: un chico de ojos brillantes hizo su aparición, aterrorizado, en el camino de arriba y gritó a sus compañeros de la casa:

"Vienen!, Vienen!, Cuidado!" y se escondió en un matorral.

Confiando en que la discreción es la mejor parte del valor, al menos en estos casos, nos dirigimos hacia el bosque, y al avanzar como media milla fuera del camino, mandamos a nuestro guía por un camino tortuoso a que observara los movimientos de los contrarios. A los diez minutos regresó. Resultó que se trataba de un grupo como de setenta a ochenta soldados, casi todos borrachos, el oficial que los mandaba inquiría con interés sobre el paso de un grupo de norteamericanos con despachos para Castellón. Toda la verdad resplandeció ante mí: se había dado noticia a Granada, desde Rivas, de nuestro viaje a León, y de aquí la ansiedad por atraparnos! Aventurar una lucha con nuestros pocos nativos contra tal superioridad era una locura, y encarar la situación abiertamente hubiera conducido cuando menos a nuestro arresto y detención en Granada, en donde una bala accidental hubiera puesto fin a nuestras penas, como había ocurrido antes con un extranjero que fué llevado allá en una forma similar, y qué decir de las cartas de las autoridades de California dirigidas a Castellón, como Presidente, reconociendo así su causa, y por último mi faja de doblones, cuya pérdida hubiera puesto punto final a mi proyecto.

Tuvimos una corta deliberación, y al ver que nuestros amigos americanos residentes decidieron no poner sus ya amenazadas vidas a merced del enemigo, optamos por regresar a Rivas, maldiciendo a viva voz a los chamorristas, y aguardar allá el arribo de un barco a San Juan del Sur, que pudiera conducirnos a El Realejo, aunque ello nos costara un mes de espera.

Antonio quedó a retaguardia para observar los movimientos de la tropa, y continuando nuestra lenta marcha a causa del lodo, cerca de las once llegamos a la hacienda de San Francisco donde encontramos a nuestro guía, que había regresado por el camino del Oeste. En este lugar estaban varias mujeres, que no nos mostraron especial buena voluntad, aunque sí nos ofrecieron albergue

para pasar allí la noche. Todas estaban ocupadas en echar tortillas en un alegre fogón, cuyo calor era lo más comfortable en contraste con la lluvia despiadada que ahora caía a cántaros desde un cielo de pizarra. La hacienda —propiedad de un hombre principal de Chamorro— era conocida como base del pelotón que estaba en el camino. El Doctor notó, con gran sospecha, que la echada de tortillas era prueba de que se esperaba la llegada de numerosos visitantes. Quienes pudieran serlo, las tropas que dejamos atrás parecían indicarlo; así que, después de una apresurada cena con tortillas, reanudamos la marcha pasando la misma noche por Pueblo Nuevo y El Obraje para llegar a Rivas, en medio de una lluvia pertinaz que nos calaba hasta los huesos, una hora antes del amanecer. Habíamos despachado previamente a Antonio a la ciudad para que previniera a la pequeña guarnición, y cuando de nuevo entramos a Rivas, podían verse, a través de la obscuridad y la neblina, los pelotones de tropas que llegaban apresuradamente desde San Jorge, Bahía de la Virgen, El Obraje y Potosí. El Doctor Cole tenía listas sus mulas para huir, y a juzgar por las bestias que estaban ensilladas alrededor de la Plaza, pensé en una desbandada general.

Habíamos andado a caballo cerca de veinticuatro horas sin descanso, no al cómodo galope, que con movimiento de cuna, una silla comfortable y en caminos parejos es esencia de placer y euforia, sino penosamente apurados a través de un trayecto lodoso, sin comer, empapados por la lluvia y con las piernas adoloridas por el movimiento monótono del trote de una mula, que es lo más cansado que pueda imaginarse.

No fue con poca satisfacción que nos echamos en el piso de la casa del Doctor y caímos en profundo sueño, del que ni los regimientos de pulgas ni el vigoroso canto de los gallos, que comenzaron sus himnos matinales justamente cuando entrábamos a la ciudad, pudieron despertarnos.

### 3

**Una visita al comandante militar.—Adiós a Rivas.—San Juan del Sur.—El "Tres Amigos".—Navegando por la costa de Nicaragua.—Compañeros de viaje.—La mañana.—Puerto de El Realejo.—La ciudad.—Convento de San Francisco.—Tesoros ocultos.—Viaje a Chinandega.—Recepción en la casa del señor Montealegre.—Un nuevo método de tributación.—Tortura.—Baño matinal.—Prejuicios.—Un éliseo nicaragüense.**

El sol entraba de lleno por la ventana con el estruendo de un pistoletazo. Los sucesos de la noche anterior, la amortiguada

sensación de los huesos adoloridos y el amodorrado recuerdo de los caminos oscuros y fangosos y de los "greasers" (1) hostiles, éso unido al súbito disparo del arma, nos hizo imaginar una sorpresa del enemigo. Saltamos todos, para encontrar que nuestro amigo sólo había querido gozar a nuestras costillas. Un tanto respuestos por el corto sueño, nos dirigimos al cuartel, donde encontramos al Comandante con su plácida sonrisa de costumbre. Cuando entramos nos lanzó una mirada siniestra indicándonos claramente de dónde había salido el aviso de nuestro proyectado viaje a León. Estaba yo a punto de hacer a un lado toda formalidad y echarle en cara la traición, que casi había resultado en nuestra captura, cuando el Doctor Davis echando espuma como jabalí entró al apartamento. Aunque estábamos furiosos, gustosamente le dimos campo a la verborrea superior de nuestro amigo, cuyas gigantescas proporciones y conocida ferocidad de carácter lo habían hecho objeto de temor y de servil admiración entre los nativos. Por espacio de cinco minutos el airado Doctor tronó en el cuarto, y era curioso ver las caras de asombro de los guardias, atisbando y escuchando las maldiciones que echaba nuestro campeón. Fue en vano que el amedrentado Comandante nos adulara ofreciéndonos cigarrillos, su perfidia era patente. La última advertencia que le hizo el Doctor cuando salimos, la acompañó con un movimiento significativo tocándose la garganta de oreja a oreja, al cual el Comandante no contestó sino con una sonrisa torva.

Siguiendo el ejemplo del pueblo, y teniendo a nuestro arriero pendiente del pago, dejamos la ciudad al día siguiente y al llegar a la Bahía de la Virgen, devolví al Juez Cushing los despachos que me había confiado, quien al relatarle brevemente los incidentes del viaje, me dijo que él había calculado vernos de regreso dos días antes. Al medio día siguiente avistamos de nuevo San Juan del Sur y nuestro pequeño grupo dió un grito de alegría cuando al salir de los montes vió anclada en la bahía una goleta bonita y de gran arboladura. Nos encontramos con que Mr. Matsell y sus amigos los Dárdano habían insistido en su idea de ir a El Realejo, habiendo tocado por fortuna en San Juan del Sur esa nave que venía de la bahía de Salinas en su ruta costa arriba.

Tres días en San Juan, sin siquiera el acaloramiento temporal del tránsito de pasajeros para aliviar la sosa monotonía, nos hizo recibir con regocijo el aviso de Mr. Craigmiles, su sobrecargo de que debíamos ir a bordo inmediatamente. Con la ayuda de unos pocos reales no tardamos en acomodar nuestro equipaje a bordo, y con la ma-

yor sorpresa vimos que la tripulación levaba anclas, caso de puntualidad y diligencia inesperadas que alabamos como algo nuevo en el lento desarrollo de nuestro viaje. Una brisa fresca desde tierra hinchó las velas, y a la hora, la ciudad de San Juan, con su muelle a medio construir, sus casas primitivas y sus repulsivos hoteles y cantinas pintados de blanco y rojo, se convirtió en una línea borrosa allá en el horizonte.

El nombre de nuestra goleta era "Tres Amigos"; sólido bajel de poco más o menos cien toneladas, cuyos tantos viajes a lo largo de las costas de Centro América lo habían hecho, como el sobrecargo aseguró "su propio piloto" ya que entraba por sí sola a los puertos de la ruta. El Capitán San Antonio, natural de Costa Rica, desdeñaba el uso de la brújula o del sextante; jamás habían trazado una ruta de viaje sobre el mapa ni habían tocado el inútil compás. El manejaba su nave, me informó, según era la costumbre en este oficio: los promontorios, y las estrellas, celestes luminarias que durante la mayor parte del año tachonan los cielos tranquilos y sin nubes, guían al marinero, en ausencia de la luna, con una exactitud jamás igualada. En las noches oscuras el ruido de la marejada era el último recurso. Unos cuarenta pasajeros se hallaban a bordo, dos de ellos —los señores Mateo Sáenz y Antonio Martínez— curas jóvenes de León que ahora, después de la muerte de Don Jorge Viteri (1), Obispo de León, regresaban de las ceremonias de su ordenación llevadas a cabo en San José, la capital de Costa Rica por el Obispo Anselmo Llorente. (2) El resto eran guatemaltecos que volvían a patria desde Costa Rica.

Debido a los escasos vientos y ratos de calma, nuestra travesía tomó dos días con sus noches. La pequeña embarcación, repleta de proa a popa, parecía por la charla incesante de los nativos un exuberante gallinero más que un paquebote. Por la noche, con los pocos camarotes ocupados de

(1) El Dr. Jorge Viteri y Ungo, primer Obispo de la diócesis de San Salvador. Llevó a Roma credenciales de los Gobiernos de Honduras, Guatemala, El Salvador y Costa Rica; obtuvo la creación de la diócesis de El Salvador y el nombramiento para Obispo de Comayagua del P. Francisco de Paula Campoy y Pérez, natural de Cartagena del Levante. Por motivos políticos se vio obligado a salir de su país trasladándose a Nicaragua; falleció siendo Obispo de León: *Reseña Histórica de Centro América* por Lorenzo Montúfar. Guatemala, Tipografía "El Progreso", 1881, t. IV, pp. 171 a 175 y 216.

(2) Primer Obispo de la diócesis de Costa Rica, preconizado por S. S. Pío IX en el consistorio de 10 de Abril de 1861; fue consagrado por el Sr. Arzobispo de Guatemala D. Francisco de Paula García Peláez y tomó posesión de su elevado cargo pastoral el 27 de Diciembre de aquel año. Después de un pontificado lleno de trabajos apostólicos, en los que cosechó abundantes frutos materiales y espirituales para Costa Rica, falleció el 23 de Septiembre de 1871: *Revista de Costa Rica en el siglo XIX*. San José, Tipografía Nacional, MCMIL t. I, pp. 340, 340, 348 y 349.

El obispado de Costa Rica, separado del de Nicaragua había sido erigido el 28 de Febrero de 1860 por bula del mismo Sumo Pontífice. Veinticinco años antes, por Decreto LX de 25 de Septiembre de 1825 la Asamblea Nacional erigió el Estado libre de Costa Rica en Obispado, distinto del de Nicaragua, y la Iglesia parroquial de San José en Catedral, nombrando primer Obispo al R. P. Dr. Fr. Luis García, que no aceptó. Felizmente, el Decreto no tuvo ningún efecto ni provocó el sisma que la frustrada mitra del Padre José Matías Delgado en El Salvador. *Ib.*, pp. 310 y 311.

(1) "Gracientos", término despectivo dado por los norteamericanos a los latinoamericanos.

antemano por los más fuertes del grupo, los demás extendían sus ponchos sobre cubierta, más agradable que los estrechos cuartos de abajo, calientes por el vaho viciado de los pasajeros y la poca circulación de aire, que luchaba por entrar por la escalera de la cámara y salir por la escotilla firmemente cerrada.

Con las velas desplegadas encima de nuestras cabezas, cada uno de nosotros, boca arriba, observaba la arboladura del barco haciendo erráticos recorridos por entre las estrellas, hasta que el movimiento monótono nos arrullaba hasta el sueño. No se oía más ruido que el respirar de los durmientes. Hasta el timonel, dócil a la soporífera inclinación, aflojaba la cabilla de la rueda de mando y echado sobre ella dormitaba en las horas silentes. La noche estaba absolutamente en calma; nuevas y extrañas constelaciones parpadeaban en los cielos; la Estrella del Norte, centro de su eterna rotación, ahora cercana al horizonte, se adivinaba confusamente en la niebla brillante que colgaba como ámbar transparente sobre el océano. De lejos, tierra adentro, a través de la noche venía el ruido sordo de la marejada rompiéndose en las orillas, mientras que a la distancia, las montañas asomaban como gigantes espectrales en la obscuridad. Uno de los curas, que no podía dormir, pasó frente a mí y viéndome despierto me obsequió un puro, que encendí en la brasa del que tenía él entre sus dedos. Roto el hielo, pronto me estaba haciendo un recuento de sus aventuras en Guatemala y, correspondiéndole, le dí una descripción de los grandes inventos del día, ahora en uso común en los Estados Unidos. Sus ideas, sin embargo, eran guatemaltecas e inglesas, y creyendo él que tan solo un país en el mundo estaba más adelantado que el suyo propio en las artes del progreso cesé en mi intento. Como a la mayoría de los guatemaltecos, cuyo contacto con los ingleses los ha predispuesto contra todo lo norteamericano, a mi acompañante se le había enseñado que los Estados Unidos es un país próspero y con ambiciones para arrogarse una situación dominante entre las naciones, pero todavía en una posición comparativamente colonial con respecto de Inglaterra. Los nombres de nuestros próceres más ilustres, surgidos de la gloriosa falange de la Revolución, le eran totalmente desconocidos, y admitió que, aparte de los trabajos históricos que él había visto sobre los Estados Unidos, sus ideas de la República del Norte habían sido recogidas de las publicaciones mexicanas que regularmente llegaban a Guatemala. Era este cura uno de los pocos hombres cultos que encontré en el país y evidenciaba una sed de información, un comportamiento caballeroso sin arrogancias, y era muy simpático comparado con los zafios que yo había conocido en Nicaragua. Mi amigo el cura tenía consigo una copia de las

Cartas de Lord Chesterfield traducidas al castellano y editadas en México. Parecía que las tenía en grande estima, y me aseveró que él trataba de amoldar sus puntos de vista y acciones a esos modelos.

Cuando despertamos en la mañana del segundo día, los irisados matices del amanecer se lanzaban contra el mar desde las ceñudas cañadas y picos de El Viejo. Con suave brisa del mar en las velas, húmedas de rocío, la goleta se abría paso perezosamente hacia una entrada de la costa a la cual nuestro capitán llamó "Punta Icaco". Una alta nube de humo del Momotombo, festoneada con figuras plumosas y fantásticas, se destacaba con maravillosa distinción contra el horizonte, mientras en los esplendores de la mañana la amplitud del follaje rutilante se extendía hacia nosotros desde la base de El Viejo, como invitando a cobijarnos bajo sus deliciosas sombras. A lo largo de la playa, una línea de espumas nos indicaba dónde la marejada inquieta dejaba sus furias; y al Norte y al Sur, tan lejos como la vista podía alcanzar, los altivos conos volcánicos de un azul añil, alzaban sus picos hasta las nubes perfilándose contra el cielo brillante. Era un paisaje que, indeleblemente, se grabó en mi recuerdo y hasta los nativos, acostumbrados a la suntuosa belleza del panorama centroamericano, salieron de su modorra para exclamar: "qué bonita mañana!"

Con una brisa refrescante pasamos la isla del Cardón, que se halla a la entrada, y a poco anclamos en la rada de El Realejo, puerto solitario del Pacífico de Nicaragua y memorable por las hazañas de los bucaneros del Siglo XVII.

Durante el verano de 1851, con el establecimiento de la ruta nicaragüense a través de Granada y El Realejo, se suponía que este puerto recuperaría su vieja posición en el comercio mundial. Se concibieron las más absurdas especulaciones en tierras y se hicieron los más grandes planes de mejoramiento. Con el retiro de los barcos El Realejo volvió al estado de completa inactividad, del cual lo había sacado el contacto con los norteamericanos y, exceptuando el recuerdo de los agitados días de la Ruta de Tránsito, con el consiguiente escamoteo de "dimes" (1) a los yankees, la prosperidad temporal del lugar desapareció.

La posibilidad de convertirse en la terminal en el Pacífico del Canal Interoceánico, que por siglos ha sido el tema soporífero de especulación para cada uno de los gobiernos con intereses marítimos, todavía dá al puerto de El Realejo algún valor a los ojos del mundo. Pero desde el rechazo del es-

(1) Monedas de 0.10 norteamericanas. Quiere decir el autor, raterismo a toda costa. N del E

tudio del Coronel Child por los capitalistas ingleses, en el cual el canal se propuso de dimensiones tales como para impedir la posibilidad de cruzar el continente en un moderno vapor, parece que el consenso general ha sido retirarse del gran proyecto. La perfección que el Teniente Maury ha traído al arte de la navegación, también ha demostrado el hecho de que los viajes a la India no se acortarian por el canal. Un proyecto por cuyo control las naciones de Europa han puesto en el istmo centroamericano el celo más agudo y por el cual la rivalidad comercial entre Inglaterra y los Estados Unidos había casi llevado a ambos a una actitud beligerante, ha sido abandonado como impracticable o, al menos, como innecesario para las exigencias del comercio o, bajo cálculos de los grandes capitalistas, como una empresa no remunerativa.

La distancia del puerto a la población de El Realejo es de dos leguas; los servicios de transporte consisten en una diminuta lancha perteneciente a dos muchacos que, colocando nuestro equipaje en otro bote más grande que nos seguiría más despacio, se afanaron en su labor, y después de media hora de remar, dejamos tan atrás la primera curva del río, que perdimos de vista el océano, y el estruendo de la rompiente era ya solo un murmullo por entre la arboleda. La marea subía rápidamente por largas y silenciosas extensiones de agua, que reflejaban en su superficie de espejo las márgenes de la selva que festonan el río por ambos lados.

Tres millas más arriba pasamos por las ruinas de un pequeño fuerte, en la ribera Sur, que se nos dijo había sido levantado por los bucaneros en una de sus invasiones al país. Sus montículos de piedra cubiertos de maleza entre las cuales la marea fluye, trajeron vivamente a nuestra memoria las luchas terríficas y las crueldades despiadadas de estos intrépidos ladrones del mar para con la débil raza objeto de sus ataques. Aguas arriba el viejo merodeador guiaba su banda de barbudos y, entrando a El Realejo, saqueaban la ciudad, que entonces tenía quince mil habitantes, y salían de ella perdiendo si acaso uno de sus hombres.

A una distancia de media milla de El Realejo abrió un canal el Padre Remigio Salazar, cuyos actos caritativos le han captado el cariño de todas las clases sociales, considerándole casi como objeto de adoración.

Nuestro bote tocó fondo con su casco cuando proseguimos, y unos pocos minutos después, rodeando una punta de densos bosques, al parecer aptos para el cultivo de todos los productos tropicales, atracamos en un muelle medio destruido que se extiende hasta la mitad de la ensenada y sirve de lugar de desembarque a la ciudad.

Saltamos a tierra dando gracias a nuestra buena estrella por haber llegado a la parte Norte del país tan fácilmente. Nos dirigimos a un hotel, propiedad de un inglés fanfarrón, que nos dio la bienvenida a su casa con aquella complaciente familiaridad característica en los que tienen trato con las gentes del mar. Nuestro equipaje quedó en la aduana para su inspección; la guarnición en aquel edificio y la del cuartel inmediato llegaba a dos negros flacos y un oficial nativo, de buen aspecto, cuyo saludo cortés cuando nos acercamos, agregado al toque de su atavío regimental, con pantalones y guerrera bien ajustados, nos hizo observarlo con simpatía.

El Realejo, tal como está, puede ser examinado hasta la saciedad en una hora. Nos quedamos allí lo suficiente para conversar con el inglés, que no sabía de la historia del lugar nada anterior al establecimiento de la Ruta de Tránsito, y claramente suponía él que había sido fundado en tal época, y entramos en conversación con el solitario cura del lugar, que satisfecho por la perspectiva de un auditorio comenzó a narrar detalladamente la fundación de la ciudad en el siglo XVI, la gloria pasada de su convento y sus edificios, las incursiones de los filibusteros y el decaimiento progresivo del lugar bajo el dominio español. Los viejos nativos enfáticamente afirmaban que un gran tesoro estaba enterrado en las ruinas del convento de San Francisco, parte del cual había sido descubierta, y que don Julio Balcke, un caballero alemán a quien después conocí, había comprado el terreno donde estuvo dicho convento por \$ 4.000.00 con la intención de escarbar el sitio en busca de doblones, cuando la mano de obra fuera más barata. El Sr. Balcke me confirmó este aserto después y me aseguró que varias cantidades de dinero habían sido encontradas en las ruinas y sus alrededores. Caminamos despacio entre ellas, y noté su rápido deterioro, el cual es inevitable en este clima. Hasta los grandes bloques de piedra de los muros de la torre, en pie a pesar de los destructores, habían sido desplazados por la invasión de la maleza, la que tomando en cuenta el prolífico suelo alcanza una rapidez de crecimiento desconocida en climas más fríos; que de arbustos se convierten a los pocos años en grandes árboles, agrietando y desmoronando la sólida mamposería en su progreso ininterrumpido. Pocos años más bastarán para que estos agentes silenciosos acaben hasta con los restos que aun existen y que atestiguan la anterior riqueza y esplendor del convento de San Francisco. El Realejo tiene ahora tres mil habitantes y el único edificio que puede tener pequeñas pretensiones arquitectónicas es la iglesia de San Benito; tiene alguna importancia comercial por ser el puerto de mar de León, Chinandega y de la gran región agrícola comprendida entre las montañas de

las Segovias, Chontales y el Pacífico, porción fértil conocida como la gran llanura de León. No se han llevado estadísticas en El Realejo durante los tres años de revolución, así que los datos sobre las exportaciones e importaciones del lugar son materia de simples conjeturas.

Desde California me había acompañado el hijo de un caballero de Chinandega, don Mariano Montealegre. Su llegada de el Norte fue aclamada en todo El Realejo con las felicitaciones calurosas de sus muchos amigos y habiéndonos presentado a S. ., C (1) y a mí a los grupos que le rodeaban, vimos pronto que éramos también objeto de especiales atenciones.

Se consiguieron caballos para don Mariano y para mí, mis dos acompañantes quedaron en El Realejo esperando el equipaje, que no llegaría sino hasta el día siguiente; así que diciendo el primer hasta luego a estos amigos desde nuestra salida de San Francisco, acepté la invitación de don Mariano y, montando en uno de los espléndidos y numerosos caballos de su padre, galopamos juntos por el camino hacia Chinandega.

En un minuto salimos de la sucia y pequeña población y entramos en la campiña más bella que yo he conocido, a cada vuelta encontraba vistas agradables de rural esplendor que, a pesar de lo mucho que estaba preparado para la escena, me tomaron enteramente de sorpresa. De cada dos árboles uno tenía frutos o flores, o era de valor tintóreo; casi cada arbusto era medicinal. Aquí la panacea echó sus raíces; la ceiba, el guapinol, la palmera, el tamarindo, el naranjo, el plátano, el banano, el higo y una docena más, familiares a la vista, mostraban sus frutos entre las hojas, a la vera del camino y colgaban de sus ramas, invitando al viajero a gustar de su ambrosía en racimos tentadores. El cactus, que en otros climas menos propicios levanta su mezquina cabeza tres pies, después de crecer en un invernadero y con cuidados especiales, aquí crece a una altura de treinta pies, sin una rama y tan grueso como el cuerpo de un hombre. Los setos por millas están formados por estas moles en muchos lugares, mezcladas con las sombras ligeras de la higuera y de las hadas, que a la distancia parecían uvas en agraz. Estos setos son en verdad los más durables en el mundo, haciéndose cada año más impenetrables y desarrollándose en cantidades ilimitadas.

El camino, en un suelo parejo, se curvaba románticamente a través de paisajes como éstos; mientras el polvo, del cual todos se quejan en los meses del verano, se había aplacado por las constantes lluvias, aunque

los caminos no se arruinaban por su causa, pudiendo pasar carretones del puerto de El Realejo durante todo el año, sin interrupción. La tierra aquí es de limo negro, de cinco a ocho pies de hondo y produce dos cosechas anuales. Muchos productos crecen espontáneamente. El viajero constantemente se recrea con las más halagadoras perspectivas y románticas vistas, muchas de ellas rematadas con el verde aterciopelado de algún volcán extendido desde la base de su cono perfecto hasta la amplitud del llano.

Las personas con quienes nos encontramos en nuestra ruta se paraban para congratular a don Mariano por su regreso o, si eran extraños, cambiaban saludos obsequiosos al pasar. La peculiar cortesía de los centroamericanos se nota a cada paso. Es un rasgo que les distingue de inmediato frente a la indeferencia comercial de los anglosajones. Esto es particularmente el caso entre las clases más humildes, que con sus ideas ultra republicanas no han sido capaces de reprimir una casi servil deferencia ante una superioridad aparente por el vestir, porte o maneras. Que un extraño no reciba un saludo respetuoso, si no sincero, cuando viaja, es la excepción a la regla.

Nuestro viaje por este paisaje de hadas de Chinandega nos ocupó más o menos una hora, cuando en eso el mayor número de casas y el ladrido de los perros nos indicaron que estábamos en los suburbios de la ciudad; y mientras unas pocas gotas gruesas de lluvia, acompañadas del estruendo de los rayos cerca de El Viejo, nos anunciaron el chubasco que se avecinaba, aligeramos el paso ya en las calles empedradas de Chinandega, y encontrando grupos de amigos de don Mariano, nos encaminamos a la mansión de su familia, que queda en la esquina de dos anchas y bien pavimentadas calles y cerca de la iglesia principal del lugar. La ciudad está en un llano a poco más o menos tres millas de las faldas del volcán (El Viejo) y ha sido por muchos años uno de los lugares más prósperos de Centro América, no habiendo sufrido como León la destrucción de sus casas y edificios públicos a causa de la revolución. Estábamos aquí en el mes de Septiembre, que cercano al fin del período de lluvias se considera como el más agradable del año.

Desmontamos frente a la puerta, por la cual salieron varios sirvientes a recibir nuestros caballos, mientras en la espaciosa sala una multitud de parientes, con la peculiar efusión para saludar que tienen los hispanoamericanos de sangre ardorosa, arrastró a don Mariano al interior de la casa, colmándolo de atenciones.

Fui formalmente presentado en pocas palabras, y cuando mi compañero le explicó

(1) Supónese hace referencia a Byron Cole. N del E

a su mamá y a sus hermanas que el extranjero que le acompañaba era su amigo, la casa se me puso inmediatamente a la disposición, que es la forma de indicarle a uno que se sienta como en su propio hogar. La residencia del señor Montealegre es precisamente la más grande y la más cosiosa de la ciudad, aunque no tan bien amueblada y con los adelantos modernos de la del Sr. Thomas Manning, Cónsul británico en León. El anfitrión mismo llegó poco después y me reiteró la hospitalaria bienvenida que ya me había brindado la señora de la casa. La sala privada a la cual nos retiramos parecía contener los valores más estimados de la familia. Aquí estaba la biblioteca con obras religiosas e históricas, la mayor parte publicadas y empastadas en Barcelona. Un reloj yankee, al cual ninguna otra mano que no fuera de su dueño podría aventurarse a dar cuerda, estaba sobre una mesa que también contenía material para escribir y papeles de negocios, pues este era el cuarto que se usaba como oficina para las transacciones de las varias haciendas del señor Montealegre. Numerosos grabados a colores colgaban de las paredes nítidamente empapeladas, suspendida y cerca de la puerta estaba una representación de la Crucifixión de Rubens, de tamaño natural, que mi anfitrión dijo había sido ejecutada en Guatemala, y su color podría despertar la admiración en cualquier parte del mundo. Al otro lado del cuarto se hallaba tendida la indispensable hamaca de pita, fabricada con cáñamo coloreado entretejido artísticamente, constituyendo el lugar de descanso al cual el extranjero es cordialmente invitado en prueba de consideración. Los pisos esmeradamente barridos y la nitidez desplegada en toda la casa patentizaban la mano directora de la mujer, sin cuya ayuda el hogar mejor dispuesto cae en el desorden.

El señor Montealegre era tenido en este tiempo como el hombre más rico de Chinandega, y durante nuestra permanencia en su casa tuvimos la oportunidad de observar el método arbitrario empleado por el gobierno ocasional del Estado para conseguir dineros y sostener la revolución. Al día siguiente de nuestro arribo la casa fue rodeada por tropas de los revolucionarios, quienes desconsideradamente impidieron a la familia tener contacto alguno con el mundo exterior hasta que diera una suma de cinco mil dólares para sufragar los gastos de la administración. La cantidad fue pagada la misma noche, y se me aseguró que ésta era la cuarta vez que se hacía lo mismo desde el comienzo de la guerra. Algunas otras familias ricas habían sido gravadas con impuestos acordes con sus probables recursos, y todo indicaba lúgubres presagios para el futuro. Mi anfitrión creía que la presente revolución acabaría por arruinarlo totalmente. Solo se respetaba la propiedad de los resi-

dentos extranjeros y aquellos lugares que se hallaban bajo la protección de las banderas consulares francesa, inglesa o americana. Por esta razón, don Mariano había sido despachado a San Francisco con el propósito de que se hiciera ciudadano de los Estados Unidos y pudiera así preservar una pequeña parte de las posesiones familiares. Pero hasta este expediente había fallado y parecía que la única esperanza era que el éxito de cualquiera de los dos partidos pusiera término a la guerra.

Con tales métodos de tributación, injustos y sumarios, no hay por qué sorprenderse del miedo constante de la gente a los cabecillas, políticos y militares, cuyas intrigas y discordias han inundado al país con sangre y destruido todo lo que se asemeje a un desarrollo industrial. No obstante, el viejo caballero era tenaz e inflexible liberal, cuyos recuerdos databan de los días quietos de la dominación española, cuando bajo la Capitanía General de Guatemala la nación había al menos gozado de seguridad comercial y no temía sino a los enemigos que amenazaban a la madre patria más allá de los límites de Centro América. Se refería a los días de Morazán, a quien recordaba con alegría entusiasta, y sus finas facciones se le iluminaban cuando traía a su recuerdo las agitados guerras de 1839 y 1840. El señor Montealegre era el primer exponente verdadero del hacendado centroamericano que yo encontré en el país.

Como de costumbre, por la noche la familia se reunía en la biblioteca, donde yo hice al anciano un recuento de las noticias de California y de la guerra europea, de las cuales él no había oído nada hacía varios meses. Una cautelosa observación suya me llevó a creer que mi huésped estaba fuertemente inclinado a favor de la causa rusa, aunque él parecía, no obstante, conservar el respeto habitual, si no el temor al nombre inglés, cuidándose de no lanzar su opinión en contra de él. Esta, no obstante, puede haber sido su acostumbrada manera de expresarse. Se me llevó finalmente a un dormitorio, a una cama con el lujo de sábanas limpias. Al estirarme con aquella sensación de extremo bienestar que sólo pueden apreciar los que han estado privados de ella durante mucho tiempo, me pregunté cuándo podría yo de nuevo gozar de aquel placer, porque todo el mundo estuvo de acuerdo en que después de abandonar la parte bien poblada de Nicaragua, podría decirle adiós a las más elementales comodidades de la vida. Eventualmente pude comprobar, sin embargo, que los centroamericanos son totalmente ignorantes en cuanto al país más allá de sus fronteras. Apenas me aprestaba a dormir, después de apagar mi vela, cuando el estruendo de un rayo distante y el resplandor azulino por entre las hendiduras de la puerta

anunciaron la proximidad de una de las tormentas súbitas y violentas que marcan el fin de la estación lluviosa. Pronto el golpear de las gotas anunciadoras era seguido por un diluvio, que producía un ruido ensordecedor en el techo, mientras los relámpagos, iluminando el cielo del horizonte al zenit, parecían lamer con fieras lenguas las ventanas enrejadas. El inesperado resplandor era seguido por la más negra oscuridad, y luego por los tremendos truenos que parecían ser el rebote, en nuestros oídos, de los volcanes circundantes. Estaba yo seguro de que un rayo había caído en una casa cercana, lo que al día siguiente pude confirmar, pero esto es aquí un hecho de todos los días.

Los nicaragüenses se acuestan y se levantan temprano, hábito que es de aplaudirse, ya que los capacita para gozar del frescor delicioso de la mañana, cuando se lleva a cabo la mayor parte del trabajo hogareño cotidiano. Al despertar ví a Mariano andar silenciosamente por mi cuarto, y notando él que yo estaba despierto me sugirió tomásemos un baño en una quebrada cercana, que me dijo había usado desde su infancia. El canto de los gallos y el ladrido de los perros, agregados a la voz fuerte de la señora, debieron despertarme una hora antes; salté de la cama apenas me vestí, me uní a mi afable amigo, y juntos salimos de la casa. Nunca antes una mañana tan radiante ha embellecido al mundo. Las calles, perfectamente lavadas con el diluvio de la noche, parecían como si hubieran sido nítidamente barridas por la mano de una pulcra ama de casa. El follaje del jardín mostraba un lujuriente verdor sobre los altos muros, con millones de gotitas de rocío que resplandecían a los oblicuos rayos del sol. El aire era fresco y vigorizante, tan fresco que no podía yo creer que me hallaba en el trópico. Hacia el Norte y aparentemente irguiéndose en silenciosa majestad sobre el llano tapizado de esmeralda, levantaba El Viejo su cabeza arrogante perfilado contra un cielo sin nubes y resplandeciendo con la variedad de todos los verdes agolpados en densas masas a lo largo de sus faldas empinadas. La ciudad estaba ya en movimiento, después de una activa caminata llegamos al arroyo, lugar de baño de los chinandegos desde tiempo inmemorial.

Una dificultad, no obstante, se presentó y la cual a mi mente ingenua parecía insuperable. El arroyo, desbordándose por una plataforma profunda y clara, de unas doce yardas de ancho, formaba más abajo una corriente propia para lavar en ella y allí estaba un grupo de lavanderas, viejas y jóvenes, que al parecer se habían apresurado a tomar posesión, temprano, del lugar. Le indiqué mis escrúpulos a Mariano, pero éste con una sonrisita tranquila se desnudó y se zambulló, seguido de una media docena de recién llegados, tan tranquilos como si estuvieran en medio de un bosque. Tal proceder no despertó la menor sensación entre la congregación del jabón y agua de más abajo y, por último, llevado por la tentación de las linfas claras y frías, pronto estaba yo brauceando en las pequeñas olas formadas por la corriente. El pudor en estos aspectos tiene poca apreciación en Centro América, aunque el rehusar un extranjero a bañarse como se acostumbra en el país, se toma generalmente como una moda extraña que se ha traído de afuera y la cual el tiempo se encargará gradualmente de borrar.

A nuestro regreso hallamos las mesas dispuestas para el desayuno en el gran corredor; el desayuno consistía en tortillas calientes, pan, mantequilla y queso, carne estofada, frijoles, chocolate y leche. Una india muy agraciada, de grandes ojos avellanados y de manos y brazos que podría envidiárselos la dama más aristocrática, nos esperaba, y ágil cumplía las órdenes de Mariano, que según pude comprobar era el amo de la casa por ser el hijo mayor. Los pies desnudos de esta Hebe morena hacían un ruido acompasado en el piso enladrillado, y cuando el desayuno terminó nos trajo una cesta llena con deliciosas frutas y un manojo de cigarros. Me eché en la gran hamaca con una sensación de absoluto regocijo, y mirando la perspectiva soñadora de la on-deante verdura, la vista limitada por el cono azul de un volcán distante y por los muros blancos de la hacienda, medio escondidos en su pródiga esmeralda, me entregué a la fascinación de la hora, contento de todo, menos de que mis seres queridos allá lejos no pudieran compartir conmigo las bellezas sin par de estos paisajes.